



TAREAS

PANAMA 2

TAREAS

Correspondencia: Apartado 3560, Panamá, R. de Panamá

Administración: Leopoldo Fuentes del Cid.

Dirección: Ricaurte Soler; Franz García de Paredes; Fabián Echevers; Carlos Ayala; Carlos Bolívar Pedreschi.

Redacción: Alfredo Castellero C.; César A. Young Núñez; Aristides Martínez; Bernardo Selles; Ornel Urriola; Juan A. Tack.

Corresponsales:

DAVID: Roberto de la Guardia.

CHITRE: Moisés Chong Marín

ANTON: Luis Véliz.

TAREAS

Año I

Panamá, Enero-Febrero de 1961

Nº 2

INDICE

	Página
Charles V. Aubrun: DETERMINISMO Y LIBERTAD HUMANA EN LA DIALECTICA CALDERONIANA	3
Ricarte Soler: EL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO DE MARIANO OTERO	15
Miguel Mejía Dutary: DE BERNAL DIAZ A RUBEN DARIO	33
Martínez Ortega: LA GENERACION DE VANGUARDIA EN LA LITERATURA PANAMEÑA Y SU SITUACION EN LAS BUSQUEDAS POETICAS CONTEMPORANEAS ...	49
Reina Torres de Araúz: LA CEREMONIA DE LA PUBERTAD FEMENINA EN DOS CULTURAS INDIGENAS PANAMEÑAS	63
Ornel E. Urriola M.: LA EXPLOTACION ARQUEOLOGICA FRENTE AL PROBLEMA DE LA HISTORIA EN PANAMA	71
Manue' Ferrer Valdés: LA OFICINA	79
 NOTAS BIBLIOGRAFICAS:	
Dos nacimientos en la dividida familia de la "Inteligentzia" Panameña. Por HENRI DELEUZE	89
Alfredo Castillero C.: Fundamentos Económicos y Sociales de la Independencia de 1821. Por H. E. R.	91
Martínez Ortega: Poemas al Sentido Común. Por CESAR YOUNG NUÑEZ	94

Determinismo y Libertad Humana en la Dialéctica Calderoniana

Por CHARLES AUBRUN
(Profesor de la Sorbona)

En la abadía cisterciense de Royaumont, fundada por San Luis hacia 1240, tuvo lugar en abril pasado un coloquio sobre la tragedia y lo trágico. Ilustres representantes del helenismo y de la latinidad, conocedores eruditos del teatro de Elizabeth primera, historiadores especializados en la literatura del siglo de Luis XIV y una cohorte de hispanistas, confrontaron sus trabajos y sus teorías. Se llegó a dar una definición de lo trágico: es la situación afectiva creada cuando los dioses, o bien abandonan al héroe y le dejan el peso total de su destino, o bien asumen enteramente este mismo destino, haciéndole instrumento de sus designios. Una angustia, o como dice Unamuno, una congoja inaguantable surge a consecuencia de este exilio o de esta enajenación del semi-dios — semi-hombre (tal es la definición exacta del héroe). También el espectador, del que presencia este destino, siente como suya el ansia del héroe, siendo hombre y criatura de Dios, y experimenta terror y piedad. En todos los tiempos, en todas las naciones, la representación pública de la tragedia es como rito que provoca una comunión religiosa aneja al culto ordinario de la religión sea esta mística, sea estatal y social.

Hay una excepción: España en el siglo XVII, y en

(*) Conferencia dictada en la Universidad de Panamá el 10 de Octubre de 1960.

España Calderón. En una nación profundamente católica no hay lugar para la tragedia: Dios no abandona nunca al hombre. Tampoco asume el destino de éste. El hombre es enteramente responsable de su actuación, no hay predestinación que valga. Pero Dios le ayuda y esto lo demostró Calderón al plantear ante el público madrileño la solución católica de un problema eterno.

En la abadía cisterciense de Royaumont durante aquel coloquio, representó un grupo estudiantil del Instituto Hispánico de la Sorbona una obra espantosa de Calderón: **El médico de su honra**. En el escenario, un hidalgo sevillano, luchando contra su pasión y su debilidad humana, hace prevalecer una terrible ley, sin la cual se desplomaría la sociedad entera; mata a su esposa, con el consentimiento de ésta, en nombre de su honor, de la integridad de su alma. La mata llorando, la ofrece con gritos de dolor como ofrenda a un Dios implacable porque éste exige que cada una de sus criaturas le devuelva una alma sin manchar, total y no corrompida.

El caso es atroz. Calderón no disiente del parecer de su público o del público de hoy. El drama es horroroso. Pero el autor no sucumbe a la tentación de convertirlo en una sublime tragedia en que el personaje, ciego instrumento de la Providencia divina, sangrará a su esposa contra su voluntad. **El médico de su honra** es un drama, no una tragedia. En plena lucidez, en plena libertad, el desdichado hidalgo escoge su vía, la que le ha de llevar, cree él, a la misericordia divina.

Entusiasmado por la novedad del caso calderoniano, el público parisino de 1960, o mas bien la élite intelectual que frecuenta Royaumont, se adentraba con gusto en el laberinto de la lógica calderoniana, pero no lograba tomar en serio las premisas, no conseguía creer en la verdad del dilema así expuesto: la razón contra la pasión, o sea el alma contra el amor humano. Algo arbitrario le parecía el problema planteado.

Así es como tuve que intervenir para dar a una ética que parecía circunstancial, muy España siglo XVII, y muy católica romana, su significado filosófico, su dimensión fuera de tiempo y de lugar. Expuse otro caso exquisito de Calderón, entiéndese un caso rebuscado, un caso límite, un caso de casuista; comenté un drama extraordinario: **“El tetrarca de Jerusalén o el mayor monstruo los celos”**.

Mariemne, la esposa querida de Herodes el Tetrarca, ha consultado a un sabio judío para conocer su suerte. El astrólogo estudió la posición de la estrella bajo el influjo de la cual nació Mariemne, midió e interpretó la coyuntura del cielo en aquel momento y sacó el horoscopo: Mariemne había de morir bajo el puñal de su marido y por efecto del mayor de los monstruos.

Así es que desde la primera escena está en tensión el resorte dramático. Se cumplirá el horoscopo? Morirá de verdad Mariemne de una puñalada? Y si muere, los actores del drama llegarán a este asesinato a ciegas y contra su voluntad, movidos por un Dios cruel o bien voluntariamente, en plena luz de la conciencia? Si no muere, si no se cumple el horoscopo, se puede sacar una de los tres consecuencias lógicas posibles. Una: la astrología es falsa. Dos: el hombre es dueño absoluto de su destino. Tres: el hombre puede alterar con la intervención de su voluntad el destino fijado primeramente en (o por) las estrellas.

Calderón escoge esta última solución. En la cadena fija de causas y efectos que representa nuestra vida, el hombre hace saltar un eslabón y solda otra cadena: un nuevo determinismo se pone en marcha, cuyo engranaje puede romper de nuevo el hombre en cualquier momento. La astrología no es más que una imagen para designar el determinismo físico, la ley de la naturaleza. El hombre ni es esclavo ni es dueño del mundo natural. Inserta su libre albedrío, dentro del complejo mecánico de éste, y esa su libertad imponderable entra en función en ese

complejo, modifica su equilibrio, altera la naturaleza, vence la materia.

El problema no puede ser más actual. Parece que los físicos nucleares logran modificar al universo, obedeciendo a sus leyes. Por mala que sea esta formulación, oculta un problema transcendental.

Volvamos antes a la tragicomedia de Calderón. Alarmada, Mariemne va a consultar a su marido. Este le responde con consideraciones, unas muy profundas, otras de buen sentido, hoy aun valederas.

Primero, dice Herodes, el que conoce su destino, precipita su curso, acelera la velocidad de la sucesión de causas y efectos que le definen. (Del mismo modo el materialismo histórico sostiene que un análisis correcto de la situación precipita su evolución). El que conoce su destino, empuja la rueda de su propia historia. Además, como tiene la obsesión del acontecimiento esperado no logra evitarlo.. Es como el novicio en bicicleta : ve el obstáculo, y a causa de su temor, va derecho contra él.

Segundo, sigue Herodes, cuando uno dice que nuestro destino está inscrito en la coyuntura del cielo en el momento de nuestro nacimiento, qué significa esto? Esto significa que nuestra existencia empieza a componerse con las cosas y con otras existencias, en una armonía global, divina, donde nuestra parte es esencial, si bien condicionada por las demás, por lo otro. Por el mismo hecho de existir, nuestra energía está en función con las energías estáticas o dinámicas vecinas. Nuestro cuerpo está igualmente en función con los objetos puramente materiales ya que está hecho como ellos, dice Calderón, de tierra, agua, aire y fuego. Por consiguiente, seguimos el destino de estos cuatro elementos en tanto que fluye la energía universal por nuestro organismo efímero.

Nada ni nadie puede abolirnos, hacer como si no páramos. Nuestra muerte modifica el equilibrio universal sin duda, por una mínima parte, pero por cierta par-

te. A partir del momento en que dejamos de ser, se llena el vacío, es como si deslizaran los astros, ya que los astros, que pertenecen a la naturaleza, reflejan forzosamente nuestro destino, exactamente como, siendo materia, reflejamos las estrellas, todo eso en la composición global universal de las fuerzas.

Tercero, dice Herodes, si nuestro destino está inscrito absolutamente en las estrellas (entre otras cosas), si se define del exterior por los destinos de los demás, ya que nadie puede conocer de ciencia cierta el vasto universo, nadie puede determinar con exactitud la parte que tomamos en él. Es una cosa saber que está inscrito nuestro destino, es otra cosa descifrar el cielo. La astrología es imperfecta, los más grandes sabios se equivocan a menudo. Hay que darles crédito para prevenir los males que anuncian, pero no para esperar estos malos paciente y pasivamente. Esta es la tercera lección dada a Mariemne.

La cuarta, dice Herodes, es que no hay ninguna razón para creer que todas las estrellas son malas. El mundo está equilibrado de tal modo que tantas hay buenas como malas.

La quinta, añade el esposo, es esta: tu haces tu desgracia antes que suceda; pues la lloras, te atormentas, te haces desgraciada. El suceso en sí ni es feliz ni infeliz. Tu sólo por el modo con que lo asumes, por la manera con que te dejas afectar por él, tu sólo haces que tu estrella sea fasta o nefasta.

Sexto, lo que es angustioso, congojoso, es ignorar la hora y la manera de la muerte; pero al contrario, conocer la hora y la manera de la muerte da una serenidad total ya que se puede gozar en paz del tiempo que queda de vida.

En fin, añade, la actitud de Mariemne es totalmente pagana. "Mienten las estrellas (Ahora empieza la locura, la desmesura de Herodes) Y voy a probarlo. Ves

este acero que tengo en la cintura, ves este puñal que dicen que te va a dar la muerte. Pues mira, lo echo al mar". Y lo tira por la ventana del palacio que da sobre el puerto. Sigue burlándose "Ahora, eres inmortal, no te puede matar mi puñal ya que está ahora en el fondo de las aguas. Ha desaparecido para siempre el instrumento de tu muerte".

Entonces se levanta un grito espantoso. El puñal cual un cometa, cual una estrella fugaz imprevista en el cuadro, en la coyuntura del cielo, ha herido un náufrago, capitán del ejército de Herodes. Es el accidente estúpido, la casualidad, el acaso, el azar. Se trae al herido, se le saca el puñal. He aquí el puñal de nuevo en las manos de Herodes. Por un prodigio verosímil, natural, Herodes vuelve a ser el asesino eventual, potencial, de su mujer. Su sinrazón ha sido castigada.

El capitán contará cómo la flota de Marco Antonio no pudo salir al encuentro de la de César Octavio. Los vientos habían cambiado. Este azar, este golpe de la fortuna estaba inscrito naturalmente en el cielo, meteorológico, tanto como la nariz de Cleopatra, a la que ciertos historiadores atribuyen este suceso transcendental. Pero cada personaje ha sacado libremente partido de ese accidente atmosférico y ha alterado el destino de los demás. Por ejemplo al suicidarse Marco Antonio quita a César la posibilidad de arrastrarle en cadenas en Roma, le quita el triunfo. Además ha quedado dueño de su destino que habían alterado los vientos.

Así es como a cada momento se plantea el problema de las relaciones del hombre con su destino. Es dueño de él o no? Lo sufre pasivamente o lo asume activamente?

El Tetrarca de Jerusalén sigue con su terquedad loca. Da el arma fatal a su esposa: "Así serás, dice, dueña de tu propia suerte". Ella no lo acepta: "Si me quieres, no lo usarás contra mi vida. Así es que no tengo nada que temer". Y se lo devuelve.

Notemos que todos los actos se colocan en la línea del horoscopo, giran alrededor de este eje: la fatalidad prevista y anunciada por el sabio judío. Que la recusen o la acepten, los personajes actúan con relación a ella, obsesionados por ella. Es un punto común con la tragedia auténtica.

Pero, una serie de sucesos extraordinarios va a agudizar la situación. Octavio a descubierto el retrato de una hermosa desconocida, que es Mariemne. Se enamora de ella y lo hace copiar. Guarda un ejemplar y manda a sus soldados que cuelguen el cuadro encima de una puerta. Los soldados lo hacen muy mal (y éste es un punto muy importante). Clavan el retrato muy ligeramente. Contingencia?; son cosas que suceden.

Durante una entrevista violenta, Herodes, atrozmente celoso al ver una copia del retrato de Mariemne en las manos de Octavio, toma su puñal, quiere herir a su rival que pasa a otra habitación. En este momento cae el cuadro y el hierro se hunde en la imagen de Mariemne.

¿Cómo va a reaccionar el hombre ante este nuevo prodigio? Podría pensar que el destino hasta cierta medida se ha cumplido: su acero ha roto la imagen de su esposa, si no ha matado a ésta. Todo depende de él, de la interpretación que va a dar a este caso fortuito. Si aprovecha la ocasión para considerar como realizado el pronóstico del astrólogo, parte de una nueva base, el porvenir es virgen y le pertenece. Al contrario, si ve en este accidente otro eslabón en la cadena de sucesos que ha de acabar por la muerte de Mariemne, entonces vuelve a su acecho agresivo, acecha un futuro suceso que le permita romper la cadena, y espera otra ocasión, retarda el momento de modificar su destino.

Pues bien, por orgullo, rehusa la suerte que se le presenta. Cayendo en el pecado diabólico por excelencia, el pecado de orgullo, grita: "Soy el epílogo y el compendio de las miserias humanas". Se cree el chivo emi-

sario, en otros términos, asume los pecados de los hombres. Se toma, diremos, por Jesucristo. Con una soberbia demoníaca y un masoquismo complaciente declara: “mis desgracias de las que hay tantas y tan repetidas pruebas, no se acabarán con mi vida, pues mis desgracias son tan inmortales como mi mala estrella, la cual está en el cielo y no desaparecerá cuando muera. Por consiguiente, seguiré siendo desgraciado, allende la muerte”.

Esto es muy grave: Como está compuesto su cuerpo de agua, tierra, aire y fuego, es evidente que la muerte lo va a disolver y volverá a lo físico, a la naturaleza. Pero si piensa que su desgracia como tal, experimentada por su ser, puede durar más allá de la muerte, se sitúa en otro plan, en el plan de la eternidad, de su condenación o de su salvación. No admite que “sus” desgracias cesen cuando muera. Quiere sobrevivirse. Es hombre de carne y hueso, y entiende seguir siendo eternamente y seguir padeciendo (como de su sinrazón), por todos los hombres. (En parte Unamuno comete la misma imprudencia, por lo que se le acusó de hereje).

Volvamos a la intriga. Herodes en la cárcel da la orden de matar a su esposa, ya que celoso por allá de su propia muerte, no quiere que ningún hombre la posea jamás. Y escribe una carta en este sentido a su capitán. Durante una disputa amorosa, la dama de éste, por celos, le quiere quitar la carta sospechosa, que se rompe. Los pedazos caen en manos de Mariemne, la cual se entera así que su esposo, que la quiere tanto y a quien tanto quiere, la condena a muerte.

Se dirá que la coincidencia es inverosímil. Es que Calderón, quiere perder la cadena de los acontecimientos en los incidentes más menudos de la vida cotidiana. La muerte fijada por Herodes para Mariemne no corresponde con la muerte descifrada por el adivino. Las estrellas habían dicho: por el puñal de tu marido y por efec-

to del mayor monstruo. Pues bien! Herodes le prepara otra muerte: otro desafío, y esta vez con embuste.

Octavio encuentra a Mariemne; en esta escena conmovedora, parece que los dos personajes conocen uno en otro la imagen de su destino por una misteriosa intuición. Se quiere matar élla con el puñal que trae Octavio y que es, por casualidad, de Herodes. Pero cae el acero. El Tetrarca se presenta. Viendo su puñal en el suelo, cree posible la infidelidad de su esposa y quiere matar a esta. Octavio se lo impide. Mariemne apaga las luces. Herodes intenta herir a Octavio y hunde su puñal en el seno de su mujer. Así muere Mariemne, víctima del mayor monstruo, los celos y herida por el puñal de su esposo, como lo dijo el astrólogo. "La has matado", exclama Octavio. "No, contesta este condenado loco de Herodes, Mariemne murió víctima de su destino". Con terquedad abominable, no reconoce que él solo es responsable de esta muerte.

Se acabó la comedia. Los espectadores dejan el corral de la comedia, guardando en el corazón, como lo deseaba Calderón, un sentimiento de indignación para con ese hombre que se obstina en su error e imputa a las estrellas la responsabilidad de un crimen que ha asumido, por su libre albedrío y varias veces, huyendo todas las ocasiones que le ofrecieron de evitarlo.

Como se ve ahora claramente, **El mayor monstruo los celos** es una anti-tragedia y Calderón por excelencia el poeta antitrágico. El héroe ni es abandonado de Dios ni es instrumento pasivo de sus designios.

Cinco meses después de este coloquio en Royaumont sobre la tragedia, se reunían en el mismo lugar filósofos y físicos de varios países. Se proponía el nuevo coloquio de esclarecer y definir la noción de dialéctica, al que Calderón había dado una solución tan aguda en **El Tetrarca de Jerusalén o el mayor monstruo los celos**.

Se define la dialéctica como la ley que prende a la

evolución del mundo. Un aspecto de una cosa se ve afirmado en una primera etapa. Como no coincide con la totalidad de la cosa, se le niega. Y como afirmación y negación resultan parciales y contradictorias, surge una proposición global que disuelve la contradicción. Entonces vuelve a empezar la misma operación. Una superación continúa permite disminuir la diferencia que va entre nuestra aprehensión de la cosa y la cosa misma. Es como un poliedro regular que al multiplicar infinitamente sus facetas viniera a coincidir casi con una esfera.

Pues bien, es la dialéctica ley de la naturaleza, el modo según el cual se transforma la materia inanimada en animada, a lo largo de las edades geológicas y también en la historia de los hombres? Los materialistas marxistas evidentemente sostienen esta tesis. También la sostienen los discípulos del Padre Jesuita Teilhard de Chardin por creer que la realidad obedece a una ley intrínseca que Dios le dio al ordenar el caos inicial. También la sostendrían muchos teólogos protestantes discípulos de Calvino y los jansenistas más o menos conscientes. Pues unos y otros creen en la predestinación. Diremos que creen que el destino de Mariemne está inscrito en el cielo, o lo que es idéntico, en la physis, en el mundo físico. Creen que Herodes es el instrumento de Dios para cumplir los designios de la Providencia. Creen que no se puede alterar la concatenación de causas y efectos, para hablar como los físicos contemporáneos de Calderón, o, para hablar como los físicos de hoy, el "ensemble" coherente del sistema universal.

A esta cohorte heterogénea pero unánime en este terreno, se opone otra facción compuesta de elementos no menos disímiles. Los ex-existencialistas (si se me permite la palabra) discípulos de Sartre sostienen que la dialéctica no es ley intrínseca de las cosas, sino el modo con que nuestra mente, la mente humana, hundida en el cosmos "desvela" progresivamente a éste, por afirmación,

negación y superación, lo ordena, lo asume, organiza el caos, ingiere en su necesidad nuestra libertad, lo transforma, lo hace nuestro como se hace suya. En breve el mundo es creación continua de la libertad, como la libertad es creación continua del mundo por un movimiento eterno de afirmación y oposición dentro de un razonamiento totalmente lúcido. Herodes lucha contra el destino y vuelve a caer en él en vez de sobrepasarlo. Sigue en zigzag y sin poder liberarse el carril del determinismo físico. Mariemne muere de su pasividad, de su desuso de su libertad natural.

Paralelamente, el catolicismo propiamente ortodoxo mantiene la tesis agustiniana de la que se inspira Calderón. Dios dio la libertad al hombre para que escoja en plena responsabilidad su camino, el de su salvación o el de su condenación. Dios con su gracia suficiente le indica mil y una vez la vía a seguir; pero el hombre suele ser sordo y ciego, no sabe interpretar las señales divinas. Si su pasión va ligada con su libre albedrío, es víctima de los engaños, cae en los vicios. Si su libre albedrío se liga con la razón, la gracia suficiente se hace eficaz y el hombre elegido por sí mismo goza de la gloria eterna. Por orgullo peca Herodes que lucha contra la physis en el plan de la physis, lucha en la que no puede sino perder. Con asumir plenamente el determinismo natural, se hubiera alzado por encima y hubiera alterado el curso de su historia.

••

Cualquiera que sea nuestra posición filosófica, sabemos que se trata aquí de un problema esencial y de cuya solución depende el porvenir del mundo. La inserción de nuestra voluntad a la vez libre y racional en el terrible engranaje de las fuerzas físicas y sociales que se

han desencadenado conseguirá o no salvar a la humanidad. La dialéctica del pensamiento conseguirá o no la victoria sobre el temible mecanismo de la naturaleza.

Tal es la cuestión ya planteada en 1640 por Calderón y que vislumbraba en otro no tan alejado, el de la psyché, Shakespeare cuando Hamlet, en nombre nuestro, vacilaba entre el ser y la nada.

El Pensamiento Sociológico de Mariano Otero

Por RICAURTE SOLER

I

El Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana (1842), (1) de Mariano Otero, es el más importante estudio sociológico publicado en Hispanoamérica en la primera mitad del siglo XIX. La prevención que naturalmente suscita lo categórico del anterior aserto desaparece si se considera que hacemos referencia a una obra en particular, desligada del aparte total de cualquier autor hispanoamericano cuya significación sea indiscutiblemente mayor. No se nos escapa que la producción de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, José María Luis Mora, José Antonio Saco, para citar los nombres más conocidos, es notablemente más importante que el único libro sociológico de este casi desconocido escritor mexicano. No obstante, a más de que ninguna de las obras de los autores citados, aisladamente considerada, justifica como la de Otero, a plenitud, el calificativo no ya de social, sino de sociológica, la objetividad, realismo social, rigor conceptual y coherencia en el método, permite considerar el estudio de Otero como el más logrado ensayo, en su género y época, publicado en Hispanoamérica.

(*) Cuadernos Americanos Nº 1, México, Enero-Febrero, 1960.

(1) Impreso por Ignacio Cumplido, México, 1842, 136 páginas.
En este artículo citaremos la 2a edición, más asequible.
Ediciones I.T.G., Guadalajara, 1952, XXI-167 páginas.

El realismo social hispanoamericano de mediados del siglo XIX, del cual es Otero exponente calificado, se configura en estrecho acuerdo con el contexto socio-histórico que lo explica y condiciona.

LA COYUNTURA HISTORICA

Una experiencia histórica negativa, de anarquía, caudillismo y dictadura, incide poderosamente sobre la temática del pensamiento hispanoamericano. La realidad social y política arroja un balance desfavorable; se trata de una realidad que precisa comprender y transformar. El imperativo de la comprensión se plasma predominantemente en una historiografía de intención sociológica —José María Luis Mora, José Antonio Saco, Lastarria— o en una sociología de hondo contenido histórico —Otero, Echeverría, Alberdi—. El imperativo de la transformación se expresa a través del ideario liberal y reformista, con diferentes gradaciones y modalidades según el caso. La tarea es, pues, la de comprender histórica y sociológicamente una realidad que precisa transformar en el sentido de un liberalismo efectivo, operante.

La clase media —naciente burguesía— es la propugadora de este programa teórico y práctico. En su lucha por afirmarse frente a la estructura cuasi feudal heredada de la Colonia, se enfrenta a una coyuntura histórica en apariencia impermeable a la penetración de los módulos demo-liberales. De ahí su tarea de comprender y transformar. Los postulados de un realismo social, objetivo, se intrincan entonces con los supuestos demo-liberales en idéntico propósito de descubrir la estructura de la sociedad hispanoamericana para renovarla en el sentido del liberalismo. Tal es el contenido social del pensamiento hispanoamericano de mediados del siglo XIX. Desde México hasta Argentina, desde Mora y Otero hasta Alberdi y Echeverría, temas y problemas se estructuran en una totalidad de idéntica significación socio-política. Pero veamos la particularidad mexicana dentro de esta unidad hispanoamericana.

Con ligera variante cronológica —México con la Constitución de 1857, Argentina con la de 1853— las dos naciones de más rápido progreso en la incorporación a la modernidad habían sancionado, durante la década del cincuenta, la asimilación del demo-liberalismo a su estructura política. En Argentina, no obstante Rosas, las condiciones

fueron, quizás, más favorables, en razón del poderoso núcleo de clase media formado de preferencia en la ciudad y provincia de Buenos Aires y en la región del Litoral. En México, la mayor acentuación de las relaciones económico-sociales de la Colonia, circunstancia que deriva de haber prestado sus condiciones naturales —las minas en especial— mejor aliciente al mercantilismo de la Metrópoli, determina en buena parte el accidentado proceso de afirmación del demo-liberalismo. Quizás con la notable excepción del núcleo Perú-Alto Perú, también minero (2), en ninguna otra región de Hispanoamérica la estructura económico-social colonial se proyectó con tanto vigor en la primera mitad del siglo XIX. Esto explica, precisamente, por qué los pensadores de la “organización” mexicana, Mora y Otero en particular, hayan insistido en el enfoque económico-social abandonando así, rápidamente, las teorías contractualistas, universalistas y utopistas de los Ilustrados europeos del siglo XVIII.

I I

Para Otero, en efecto, son las relaciones económico-sociales las que determinan la estructura política de cualquier nación y, en consecuencia, la de la nación mexicana. Pero, en modo alguno, la explicación de lo político a través de lo que hoy denominaríamos la infraestructura conduce a un enfoque indiscriminado e indiferenciado de esta última. Importa detenernos sobre estas consideraciones.

LAS RELACIONES MATERIALES DETERMINAN LA ESTRUCTURA POLITICA

Otero es determinista, el determinismo rige en el orden moral y político a través de “causas generales”(3) que lo condicionan de manera análoga a la señalada por Laplace para el mundo físico(4). En primer término, el determinismo social opera a través de relaciones materiales

(2) Cf. para la estructura de la colonia peruano-alto peruana, en comparación con la del Río de la Plata, y su proyección en lo cultural y en lo político durante el período post-independista: INGENIEROS, José: *La Evolución de las Ideas Argentinas*.

(3) OTERO, Mariano: Op. Cit., p. 6.

(4) Ibid., p. 26. Cf. también, p. 79.

—la expresión es de Otero— entendiendo por tales la distribución demográfica; las condiciones de la agricultura, del comercio y de la industria (5), y, más específicamente, la estructura de la propiedad. Precisa, pues, abocarse al “examen árido de la constitución de la sociedad considerada bajo sus **relaciones puramente materiales**” (6). Entre éstas, la propiedad juega un papel fundamental:

Los que buscan las instituciones y las leyes de un país como ingeniosas combinaciones de números, ignoran que esa constitución existe toda entera en la organización de la propiedad, tomando esta frase en su latitud debida. Son sin duda muchos y numerosos los elementos que constituyen las sociedades; pero si entre ellos se busca un principio generador, un hecho que modifique y comprenda a todos los otros y del que salgan como de un origen común todos los fenómenos sociales que parecen aislados, éste no puede ser otro que la organización de la propiedad. Ella ha constituido el despotismo en los pueblos de Asia; ella constituyó el feudalismo que dominara tantos años a Europa; ella constituyó las aristocracias de la antigüedad, y ella sola ha fundado la democracia. (7)

Las relaciones materiales constituyen, pues, el fundamento de la estructura política; entre aquellas relaciones las de la propiedad son determinantes. Ahora bien, el estado político de una sociedad no deriva, estáticamente, de la distribución de la propiedad. Otero percibe, por el contrario, un poder activo intermediario; sus investigaciones lo conducen al descubrimiento del principio de la dinámica social en la división en clases. La propiedad, ciertamente, determina la división en clases: “la repartición de la propiedad ha dividido a la población en las diversas clases que constituyen el estado” (8), pero estas clases tienen, a su vez, intereses peculiares que las enfrentan. La lucha de clases es un supuesto de la explicación intentada por Otero de la dinámica de la sociedad mexicana, lucha que en ocasiones es explícitamente recono-

(5) Cf. pp 94 y ss., y p. 99.

(6) Ibid., p. 52. Subrayado nuestro.

(7) Ibid. pp 33-34.

(8) Ibid., p. 35.

cida: "¿cuál es el poder social que ha sucumbido sin combatir?" (9).

Los principios generales señalados permiten a Otero abocarse a un análisis pormenorizado de las clases mexicanas, su estructura y expresión política. A este respecto cabe lamentar que el criterio claramente

ANÁLISIS DE LAS CLASES MEXICANAS

formulado por lo que dice a las relaciones materiales de la sociedad y al principio generador de las clases —la propiedad— pierda, esporádicamente, rigor en su aplicación práctica. Un método excesivamente analítico conduce a Otero a la postulación de una multiplicidad de clases cuya caracterización no es siempre igualmente lograda. Tal sucede cuando se refiere, sin mayor explicación, a las clases productoras y consumidoras, y a la clase capitalista mexicana (10). Por otra parte, su terminología adolece, eventualmente, de cierta equivocidad. Ello no obstante, un detenido estudio de la obra de Otero nos muestra que, genéricamente, comprende todas las clases mexicanas en dos grandes grupos: las clases propietarias —del agro no vinculado, del agro vinculado, de las minas; el Clero y las clases medias— y las no propietarias —proletariado rural, proletariado urbano, proletariado minero-comercial—. A estas clases habría que añadir, por razones especiales, la clase comercial extranjera y la clase militar.

El análisis de las clases propietarias tiende a demostrar que, con la excepción de las clases medias, todas carecen de sólido fundamento en cuanto a las relaciones

(9) Ibid. p. 61.

(10) Cf. Ibid., n. 86. Del análisis de la sociedad mexicana intentado por Otero nos referiremos a aquellos aspectos generales susceptibles de interés para la caracterización de su pensamiento sociológico. Un trabajo pormenorizado sobre los aspectos que directamente se relacionan con la estructura social de México y una discusión notable sobre las influencias europeas en el sociólogo mexicano la encontramos en HEROLLES, Jesús Reyes: *El Liberalismo Mexicano*. Tomo II. *La Sociedad Fluctuante*. Facultad de Derecho, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958, pp. 89 y ss.

materiales, motivo por el cual están históricamente condenadas a desaparecer como fuerzas actuantes en el escenario político.

Efectivamente, la clase propietaria del agro vinculado, no obstante las apreciaciones superficiales que identifican el régimen colonial con el feudalismo europeo, no logró establecer las auténticas relaciones feudales siervo-señor que permitan consolidar el régimen político que de ellas deriva naturalmente: la aristocracia y la monarquía (11). La clase propietaria del agro no-vinculado, en razón de la ruina de la agricultura, tampoco puede aspirar a la dirección de la cosa pública (12). Otro tanto puede decirse respecto de la clase propietaria de las minas en virtud de su evidente decadencia y en virtud también del carácter aleatorio de su riqueza (13). Por último el Clero, la más poderosa de las clases propietarias. La enorme riqueza acumulada explica su poder político, antes y después de la Colonia. La distribución de su propiedad en las ciudades y en el campo acredita su influencia moral y política en todos los ámbitos de la nación. Dos poderosas razones impiden, sin embargo, la formación de una teocracia en México; una deriva de la naturaleza de la propiedad del clero, la otra, de la debilidad que revela la estructura de clase de este estrato social.

En efecto, la riqueza del clero que deriva de la propiedad territorial presenta, como la propiedad vinculada de la pretendida "aristocracia" mexicana, la particularidad de no haber establecido las típicas relaciones feudales entre el señor y el siervo. Por tanto, "sus bienes raíces no fundaban una aristocracia territorial". A más, la otra fuente de su riqueza: los diezmos, presenta el mismo carácter aleatorio puesto de relieve por lo que respecta a la riqueza de los propietarios de las minas.

La otra poderosa razón que limita la influencia y poder del Clero radica en su división en secciones —subclases— de intereses inarmónicos y aun, antagónicos. El alto clero (Obispos y Cabildos eclesiásticos) goza de pingües rentas en contraste con la inmensa mayoría de clé-

(11) OTERO, Mariano: *Ensayo*. pp. 37-39; 57.

(12) *Ibid.* p. 47.

(13) *Ibid.* p. 48.

rigos diseminados en el país, celosos de la riqueza de sus superiores. Por otra parte, la sección compuesta por los órdenes regulares, relativamente independiente de la jurisdicción diocesana, introduce un elemento más de división en la clase clerical. Todo ello determina una "acción sin unidad" de parte de la más poderosa de las clases propietarias. Por tanto, ni aún sobre esta clase habría de estructurarse políticamente la nación mexicana (14). Su interna debilidad como estrato social impide una acción política concreta y definida; el régimen de su propiedad agraria la convierte en usufructuaria de una riqueza que no puede consolidar y que los meros arrendatarios no tienen interés directo en aumentar. En tanto que clase, opera sobre el clero la misma delicuescencia señalada para el resto de las clases propietarias mexicanas.

I I I

Tal es la estructura de la sociedad mexicana; "He aquí a la República" dirá Otero en frase que revela, quizás, la satisfacción que su análisis le produce. No se ignora, por cierto, a las clases no-propietarias, pero en virtud de la ecuación riqueza-poder, estructura económico-social —estructura política, estos grupos, menos aún que las clases propietarias, pueden aspirar legítimamente a la dirección política nacional. El proletariado rural, urbano y minero-comercial, sumido en la ignorancia y la miseria, constituyen sí, grupos que importa redimir, pero que por su situación misma no pueden ejercer una acción efectiva orientada en el sentido de la libertad y del progreso.

DIAGNOSTICO DE LA SOCIEDAD MEXICANA

El estudio expuesto de las clases sociales mexicanas describe los grupos formados en el seno de la sociedad colonial cuya influencia económica y política se hace sentir en la etapa post-revolucionaria. A raíz de la Independencia dos clases sociales, "como creadas de nuevo", complicaron notablemente el panorama; su acción, eminentemente negativa, ha determinado en gran parte el atraso económico y la desorganización política de la nación. Se trata de la clase comercial extranjera y de la clase mili-

(14) Cf. *Ibid.* pp 37-47.

tar. La primera, dedicada a una actividad en sí misma no productiva, presenta todavía el inconveniente de identificar sus intereses con los del extranjero, constituyendo por tanto una fuerza negativa para la integridad nacional; la segunda, formada en el período revolucionario, entraña un peligro permanente para la administración civil y para la paz interior. No será, pues, sobre la base de estas dos clases, que la República habrá de estructurarse social y políticamente (15).

El diagnóstico de la sociedad mexicana realizado por Otero no puede, en apariencia, ser más desolador. Ninguna de las clases que descubre su análisis sociológico reúne las condiciones de poder material y de influencia moral suficientes para llevar a cabo la obra de la organización nacional. Por otra parte, la lucha de clases, las contradicciones que las oponen, no puede redundar en beneficio de la armonía social: "Todas estas clases... se lanzaron a la lucha en defensa de sus propios intereses y por sus íntimas convicciones" (16). Sería erróneo, sin embargo, considerar las teorías de Otero como meramente explicativas y contemplativas. Por el contrario, se trata de comprender la estructura de la sociedad mexicana para modificarla, para transformarla. Pero esta obra de renovación sólo es posible realizarla a través de la clase media —que de intento mencionamos de último—:

Pero si bien todas estas diversas secciones de propietarios particulares entre los que estaba repartida la propiedad raíz y mobiliaria, eran aisladamente débiles, y si ninguna contenía elementos que la hicieran dominar a las demás; en una nación en que las clases que pudieran llamarse altas no existían o eran ya débiles, ya frágiles, y en la que la clase baja estaba reducida a la última nulidad, la clase media (que constituía el verdadero carácter de la población, que representaba la mayor suma de la riqueza, y en la que se hallaban todas las profesiones que elevan la inteligencia), debía naturalmente venir a ser el principal elemento de la sociedad, que encontraba en ella el verdadero germen de progreso y el elemen-

(15) Cf. *Ibid.* pp 73-77.

(16) *Ibid.* p. 55.

to político más natural y favorable que pudiera desearse para la futura constitución de la República (17).

La reorganización de la sociedad mexicana ha de ser pues, obra de la clase media. Ella, naturalmente, habrá de poseer el poder político; su función más específica consistirá en el desarrollo del capitalismo pues éste traerá consigo —idea clásica del liberalismo— mejoras para el proletariado y para el espíritu (18).

I V

Desde el punto de vista sociológico la obra escrita de Otero se reduce, de hecho, a las concepciones analizadas, expuestas en su notable **Ensayo**. En 1848 apareció, sin embargo, uno de los más importantes opúsculos de la folletería mexicana del segundo cuarto del siglo XIX. Su título: **Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana, en el año 1847** (19) revela la preocupación que los acontecimientos de ese año —invasión de los Estados Unidos y cercenamiento del territorio mexicano— produjeron en el espíritu del autor.

**CONSIDERACIONES SOBRE
LA SITUACION POLITICA Y
SOCIAL DE LA REPUBLICA
MEXICANA (1847).**

Un estudio comparativo entre el **Ensayo** de Otero y el opúsculo citado revela, con muy pocas probabilidades de error, que con el pseudónimo de "Varios Mexicanos" es el mismo Otero quien se aboca nuevamente, en tal especial coyuntura histórica, al diagnóstico de la sociedad mexicana (20).

(17) Ibid. p. 48-49.

(18) Cf. Ibid. p. 82.

(19) Valdés y Redondas, *Impresores*; Calle de las Escalderillas, número 2, México, 1848, 56 pp.

(20) El investigador norteamericano Max Savelle, según noticia proporcionada por Leopoldo Zea, ha señalado a Otero como el autor de las *Consideraciones*. Como se trata de una información oral, no fundamentada en estudio escrito que conocamos, nos vemos obligados a indicar las razones por las cuales consideramos que es Otero, efectivamente, el autor del opúsculo que analizamos.

En el **Ensayo** y en las **Consideraciones** encontramos, en efecto, la misma división de las clases mexicanas, el mismo enfoque del papel negativo del comercio extranjero (21), idéntica concepción sobre la división en secciones de la clase clerical (22), análoga consideración sobre el papel positivo de las clases medias (23). Sin embargo, no todo es repetición en el folleto que nos ocupa.

Otero ha mejorado y perfeccionado en las **Consideraciones** el ideario sociológico expuesto en el **Ensayo**. Ha precisado la importancia de la proyección de la vida colonial, "vida tan puramente vegetal" (24) en el período de la Independencia; ha completado la clasificación de las clases mediante la caracterización de la burocracia, "la clase de los empleados" (25); ha señalado con claridad el papel improductivo de las clases privilegiadas frente a las clases "industriosas". Pero, lo que es más importante todavía, con mayor nitidez que en el **Ensayo**, ha puesto de relieve la diferencia fundamental existente entre su concepción de la sociedad mexicana basada en la división en clases, y las concepciones que intentan comprender la desorganización política de la República acudiendo a la noción de la inferioridad de la raza mexicana.

En términos generales el opúsculo de Otero no es otra cosa que un alegato contra aquellos que fundándose en la aparente pasividad del mexicano con motivo de la invasión norteamericana lo consideran "un pueblo afeminado, y...una raza degenerada, que no ha sabido gobernarse ni defenderse" (26). La explicación, según Otero, no está en el factor raza sino en la "viciosa educación y peor organización" (27). La explicación por la raza es superficial y vulgar. De hecho, "EN MEXICO NO HAY NÍ HA PODIDO HABER ESO QUE SE LLAMA ESPIRI-

(21) **Consideraciones**, pp 8 y ss.

(22) *Ibid.*, p. 33 y ss.

(23) *Ibid.*, p. 21.

(24) *Ibid.*, p. 48.

(25) *Ibid.*, pp. 38 y ss.

(26) *Ibid.*, p. 3.

(27) *Ibid.*, p. 4. La misma frase es repetida en la p. 45.

TU NACIONAL, PORQUE NO HAY NACION" (28) (En mayúsculas en el original). Y no hay nación, porque la sociedad no se ha organizado y adecuadamente estructurado en cuanto a sus relaciones materiales y en cuanto a las clases sociales destinadas a transformar radicalmente aquellas relaciones.

Las **Consideraciones** añaden, por tanto, mayor significación al ideario sociológico de Otero. En lo fundamental, se repiten los puntos de vista del **Ensayo**, pero su reiteración frente a las teorías racistas, en los momentos en que los hechos históricos daban pábulo a las mismas, demuestra su coherencia y rigor conceptual. Importa recordar, por vías de comparación, que en esa misma época Sarmiento consideraba la raza como uno de los factores determinantes del proceso social, y Gobineau estructuraba toda una sociología en función de categorías racistas.

En esta forma, culmina el pensamiento sociológico de Otero. Su análisis le ha revelado un determinismo social que opera lo mismo en la sociedad mexicana que en cualquier otra sociedad. Pero este determinismo no se resuelve en fatalismo. Recordemos su tesis principal: Las relaciones materiales determinan el proceso social, pero el hombre transforma a su vez esas relaciones materiales: "Necesitamos...un cambio general, y este cambio debe comenzar por las relaciones materiales de la sociedad, por estas mismas relaciones que hasta hoy han decidido de nuestra situación, y que en todos los pueblos de la tierra han producido los diversos fenómenos sociales que hemos visto" (29). Su concepción sociológica es, pues, simultáneamente determinista, realista y revolucionaria. Se trata de un determinismo que reconoce la existencia de leyes que regulan el proceso social y de un realismo que descubre la objetividad de las mismas. Su pensamiento es conscientemente revolucionario en cuanto la comprensión objetiva y realista de los hechos sociales sienta, conscientemente, las bases de su transformación racional en el sentido de la libertad y del progreso. El agente de esta renovación es la clase media, industrial, productiva, progresista; sólo ella "constituirá" la **nación**

(28) Ibid., p. 42.

(29) **Ensayo**, p. 81.

afirmándose frente a las clases militar y clerical, privilegiadas, improductivas y retardatarias. Por todo ello Otero representa en su época la máxima racionalización de un proceso social y político que históricamente se plasmará en la Reforma mexicana. Pero las categorías sociológicas que empleó trascienden el marco inmediato de espacio y tiempo que las condicionan enriqueciendo substancialmente el acervo científico mexicano e hispanoamericano.

V

Es evidente que una concepción de tan definidos contornos como la de Otero habría de operar, parcialmente al menos, sobre la base de ideas y análisis sociológicos previos. Desde este punto de vista es incuestionable la influencia de las obras de José María

OTERO Y LA SOCIOLOGIA HISPANOAMERICANA

Luis Mora (En las **Consideraciones** Otero se refiere, prohibándolo, al estudio que de la clase clerical realiza Mora en **México y sus Revoluciones**). Mora efectivamente, un lustro antes que Otero (1836-37), había señalado la existencia en México de clases sociales con intereses específicos (30). Si bien se refiere, sin mayor explicación, a las clases productoras, propietarias, medias, privilegiadas, etc., nos ofrece en cambio una adecuada caracterización de la clase clerical y militar —con seguridad utilizada por Otero—. Como este último, ve en la naciente burguesía —clases medias o industriales en la terminología de Otero, clases medias o de los paisanos en la de Mora— el núcleo social alrededor del cual ha de girar la vida política de la nación. A pesar del criterio más analítico y di-

(30) "La población mexicana puede dividirse en tres clases, la militar, la eclesiástica y la de los paisanos. La más numerosa, influyente, ilustrada y rica es esta última que se compone de negociantes, artesanos, propietarios de tierras, abogados y empleados: en ella se hallan casi exclusivamente en el día las virtudes, el talento y la ciencia, ella da el tono a las demás y absorbe toda la consideración del público": MORA, José María Luis: **México y sus Revoluciones**. Tomo I. Editorial Porrúa, S. A., México, 1950. p. 88.

Editorial Porrúa, S. A., México, 1960, p. 88.

ferencial de Otero, se podría establecer un paralelismo de correspondencias importantes y divergencias adjetivas entre las clases que Mora señala y las que Otero analiza. Ello no obstante, existen diferencias substanciales que giran en torno a la noción de las relaciones materiales como fundamento de la estructura socio-política y de la lucha de clases como principio generador de la dinámica social. Estas nociones, apenas esbozadas en Mora, se encuentran más ampliamente desarrolladas en Otero.

La misma fundamental diferencia que podemos descubrir entre Mora y Otero, opera todavía si confrontamos al sociólogo mexicano con Esteban Echeverría. En uno y otro los motivos sociales surgen como soluciones concretas a los problemas que con carácter emergente e imperativo plantea la realidad americana. En Echeverría encontramos también el concepto de la división de la sociedad en clases. Pero, a más de no realizar un estudio diferencial de las clases argentinas, el ideario del pensador platense se resuelve fundamentalmente en una concepción histórica centrada en la actualización del programa revolucionario de Mayo y en una concepción sociológica enraizada en el tema romántico de la armonía de las clases. Y nada tan alejado del romanticismo como el realismo social de Mariano Otero.

Hay, sin embargo, un realismo social argentino comparable al de Mora y Otero. El fenómeno es, por lo demás, hispanoamericano. Expresado a través de motivos que en otro lugar —coordinando conclusiones dispersas de diferentes trabajos sobre Historia de las Ideas en América— hemos diferenciado bajo el rubro de positivismo autóctono, o expresado a través de formas teóricas inmediatamente inteligibles bajo la categoría de realismo social, el pensamiento hispanoamericano del segundo tercio del siglo XIX se aboca con criterio realista e intención revolucionaria al estudio de fenómenos concretos de la historia y de la sociedad americana. De estos estudios decíamos —sin por ahora detenernos en otros países— ha resultado un realismo social mexicano y, no obstante Echeverría, un realismo social argentino.

Desde el punto de vista de la historia del pensamiento hispanoamericano —marginando toda confrontación con la historia de su literatura— los motivos románticos se presentan, en el período que nos ocupa, sensiblemente

desdibujados frente a los motivos realistas. En el caso de México sería imposible comprender a Mora, y más específicamente a Otero, a través de las categorías del romanticismo. Por lo que respecta a la Argentina es legítimo considerar el romanticismo social de Echeverría —como el de Francisco Bilbao en Chile— como un resultado directo de la influencia recibida en Europa de los saint-simonianos y románticos franceses. Todo ello sin contar con que en el seno mismo de las doctrinas de Echeverría se encuentran los gérmenes de un realismo que Sarmiento impulsará y Alberdi llevará a un clímax sin paralelo en el campo económico y filosófico.

Y hemos dicho bien. En Argentina el realismo social desembocará, precisamente con Alberdi, en una de sus formulaciones más intransigentes al pretender reducir a las cuestiones sociales y políticas los temas y problemas de toda filosofía auténticamente americana. Es en el campo filosófico donde culmina, pues, el realismo social argentino. Por motivos que no interesa dilucidar, el dominio estrictamente sociológico, en comparación con México, queda notablemente disminuído en la Argentina. Las intuiciones magníficas del **Facundo** de Sarmiento son irreductibles a la racionalización científica y a la sistematización sociológica. Los **Estudio Económicos** de Alberdi agotan problemas demasiado especializados para poder proyectarse a través de formas teóricas sistemáticas en la sociología. Pero es precisamente en el campo sociológico donde el realismo mexicano alcanza su más alta calificación. Las obras de Mora y Otero no intentan, como las de Alberdi, encontrar los fundamentos de una filosofía adaptable a la realidad americana. Pero el estudio intenso de que hicieron objeto la sociedad mexicana los condujo, especialmente a Otero, al empleo de un instrumental de conceptos sociológicos que en su época ni aún en Europa había alcanzado un grado de desarrollo científicamente estimable. En esto consiste su aporte substancial al progreso de las ciencias sociales en Hispanoamérica.

El que Otero haya actualizado en México algunas de las concepciones fundamentales de la sociología europea posterior no implica exageración alguna.

**Define el pensamiento
hispanoamericano del**

**OTERO Y LA SOCIOLOGIA
EUROPEA**

segundo tercio del siglo XIX el haber alcanzado formula-

ciones teóricas propias surgidas, en lo que tienen de característico, del intento de comprender (para transformar) una realidad social y política de contornos específicos. La influencia de europeos como Bentham, Constant, Lamennais, Leroux, Sismondi, etc., es evidente. Pero reducir el aparato conceptual de los pensadores hispanoamericanos de este período a las concepciones del pensamiento europeo inmediatamente anterior implica un error de perspectiva fácil de desvanecer con sólo estudiar las conclusiones alcanzadas por los hispanoamericanos en comparación con los rasgos típicos de las teorías europeas que sobre ellos influyeron. A este respecto, el pensamiento de Otero es singularmente significativo.

La influencia de autores europeos en Otero —por lo demás adjetiva en comparación con la de José María Luis Mora— puede escindirse en dos vertientes principales: la del liberalismo clásico, Bentham y Constant en particular, y la del romanticismo social, Sismondi y Considerant en especial. Por lo que toca al liberalismo, parece legítimo reconocer la influencia de Constant a través de la división, por éste establecida, entre clases propietarias y no-propietarias (31). Otro tanto podemos observar en relación con el romanticismo social. Con excepción de este rasgo común, todo tiende a oponer el realismo de Otero al romanticismo social o literario europeo. Inútil buscar en Otero concepción alguna que pueda identificarlo con los postulados típicos del romanticismo social: armonía cósmico-sociológica, armonía de las clases sociales, primacía de la pasión sobre la razón, renovación del cristianismo, Falansterios, “Familisterios”, etc. (32). Y al revés, inútil buscar en el socialismo utópico europeo las características que con mayor exactitud definen el pensamiento sociológico de Otero: las relaciones materiales como determinantes de la estructura socio-política, la lucha de clases como principio explicativo de la dinámica social, el progreso como consecuencia de la transformación de las relaciones materiales por parte de las “clases industriales”, etc.

(31) Cf. CONSTANT, Benjamin: *Principes de Politique*. En *Oeuvres*. Bibliothèque de la Pléiade, Librairie Gallimard, Paris, pp. 1145-1154.

(32) Cf. PICARD, Roger: *El Romanticismo Social*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

La comparación que hemos brevemente realizado entre el pensamiento sociológico de Otero y la sociología hispanoamericana y europea de su época nos permite formular algunas conclusiones concretas. Por lo pronto, hemos de identificarnos con el juicio de Jesús Silva Herzog, uno de los pocos estudiosos que ha investigado, aunque en breves páginas, la significación de Otero en la Historia del pensamiento mexicano:

CONCLUSION

Muy pocos escritores de fines de la primera mitad del pasado siglo tuvieron como Mariano Otero un juicio tan relativamente completo, tan acertado sobre la influencia de lo económico en la historia. El, que a sí mismo se catalogaba como liberal moderado, se adelantó sin saberlo a la concepción materialista de la historia de Marx y Engels, o del realismo histórico, como llama a esa teoría Henri Sée. Engels y Marx esbozaron por primera vez esa teoría en *La Sagrada Familia*, obra publicada tres años después que la de Mariano Otero. El mérito del escritor mexicano parece indiscutible. Si hubiera escrito en Londres o en París en la lengua de Inglaterra o de Francia, tal vez su nombre hubiera alcanzado hace tiempo fama universal (33).

La importancia del pensamiento sociológico de Otero no se agota, sin embargo, en la circunstancia de haber utilizado un aparato conceptual análogo al que poco después empleará Marx y el marxismo. La concepción de las clases sociales y su función histórica; el hecho relevante de que el concepto de las "relaciones materiales" de Otero posee un contenido substancialmente análogo al de las "relaciones de producción" en Marx, constituyen ciertamente circunstancias en sí mismas altamente significativas. Con razón o sin ella se ha señalado también, en el caso de Echeverría, un "socialismo autóctono", y en el de Alberdi, un materialismo histórico paralelo y aun anterior al de Marx. Todo ello demuestra —es el punto que nos interesa destacar— la existencia de modalidades del pensamiento hispanoamericano que, bien se manifiesten a través de proposiciones similares a las de un positivismo

(33) SILVA HERZOG, Jesús: *El Pensamiento Económico en México*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pp. 48-49.

europeo que se ignoraba, o a través de postulados paralelos a los de un marxismo que se desconocía (35), configuran una estructura de pensamiento fundamentalmente realista cuya exacta definición importa descubrir. Esta definición, es claro, será el resultado de investigaciones monográficas necesariamente previas desde el punto de vista metodológico. El pensamiento de Otero ofrece al respecto uno de los fundamentos más sólidos. Si Alberdi representa su culminación económica y filosófica, en Otero encontramos su máxima expresión sociológica.

(34) SANCHEZ VIAMONTE, Carlos: "El Pensamiento Liberal Argentino en el Siglo XIX". En el Volumen Colectivo: **El Liberalismo y la Reforma en México**. Escuela de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1957; pp. 246-247.

(35) La coincidencia de motivos "marxistas" y "positivistas" en la generación de 1837, y más tarde en el cientificismo argentino, explica seguramente el error de Alejandro Korn —tan justamente criticado— consistente en la identificación de marxismo y positivismo. Esta falsa apreciación la encontramos también en otros representantes de la reacción anti-positivista argentina.

De Bernal Díaz a Rubén Darío

Por

MIGUEL MEJIA DUTARY

Uno de los más importantes y hermosos hechos históricos que puedan examinarse es el que constituye los esfuerzos de los escritores de América para brindar una manifestación plena de su vario y dilatado mundo a través de cuatro siglos.

No tengo la pretensión del rastrear a lo largo de tan extenso período la elevación de la expresión literaria de América y su grado de fidelidad y eficacia. Pero sí decir lo indispensable para insertar el modernismo en el proceso, medirle su porción de responsabilidad y de lealtad en la conquista de nuestra expresión.

El testimonio de la literatura americana hay que admitirlo en una doble vertiente como cuestión de necesidad y como cuestión de voluntad. Y siempre en el fondo de ambas cuestiones, estará palpitando la menor o mayor distancia de los autores al entendimiento y a la interpretación de nuestras realidades.

Desde el instante del descubrimiento, en la obra de los cronistas que recogieron la experiencia de este amanecer histórico, lo americano se muestra como un hecho, como una necesidad que determina una postura nueva.

Una ancha avenida de literatura americana de segura valía como testimonio, aunque no alcance la altura de la peninsular como labor creadora, corre desde el **Diario** de Colón a la **Alocución** de don Andrés Bello. Un mundo nuevo y maravilloso contemplado por un grupo de hom-

bres hechos en una tradición cultural poderosa y dueña de un instrumento eficaz tenía que producir una obra históricamente importante. Es incuestionable que América inspira desde sus días coloniales a escritores destacados. Después del caso ilustre de Ercilla se puede señalar con orgullo la lírica de Valbuena, la impresionante integración de los "Comentarios Reales", la fuerza americana de algunos momentos de Pedro de Oña y el **milagro** de Sor Juan Inés. Pero esta literatura colonial se tiene como porción de la española, como es parte de España la tierra que la produce. España y sus colonias americanas son partes de un cuerpo colosal. Los escritores van y vienen por los ámbitos de este mundo como viajeros de los mismos caminos. Escritores de mucha monta en la literatura peninsular como Tirso y Mateo Alemán, vienen a América y autores americanos como Alarcón producen en la metrópoli o como el Inca Garcilaso se funden definitivamente a la vida peninsular. Todos se sienten partícipes de una sola y misma obra. Todos se sienten responsables de un común destino de cultura.

No obstante la verdad incontrovertible de las anteriores afirmaciones, esta producción colonial es distinta a la peninsular en sus obras cumbres; en otras palabras es literatura americana. No importa el lugar de nacimiento del autor; la realidad americana se impone lo mismo. Estas regiones nuevas dan a los escritores que pasan a tierras de reciente conquista imágenes y colores, y quizá entre todos no haya ejemplo más alto que el de Bernardo de Valbuena, de quien Menéndez y Pelayo afirma "que hasta por las cualidades más características de su estilo es, en rigor, el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza".

Si la literatura de este lado de América no produce obras de similar excelencia y volumen al de la peninsular a pesar de que el florecimiento de la literatura española se produce simultáneamente a la integración del

mundo colonial americano y pasan a ese mundo hombres de comparable formación a la de los más altos creadores de España se debe a las razones aducidas por Pedro Henríquez Ureña en su enjundioso libro "Las Corrientes Literarias en la América Hispana," pero sobre todo al carácter que la conquista y la colonización imprimen a la vida de América. El poder español se asentó en estas tierras por la fuerza y en virtud de una ocupación militar, con lo que el mundo que quedaba bajo su voluntad no se tenía como objeto de superación, sino de aprovechamiento. Este mundo tuvo que responder a su nacimiento y naturaleza. Era un mundo supeditado a otro, en otros términos un mundo colonial. Ello colocaba la importancia esencial de la vida social en una explotación genérica, en el sometimiento global de todo un continente a las conveniencias de una metrópoli lejana.

Quizá ningún momento histórico prueba mejor que el caso americano que la excelencia y singularidad de la producción literaria, como conjunto, se acendra en el ímpetu de justicia colectiva. Para que este ímpetu cree una literatura superior es necesario que cuente con fundamento considerable y una firme claridad de propósito. Cuando concurren ambas cosas la literatura adquiere de inmediato fuerza y elevación. Por únicos que fueran los ingenios de los tres primeros siglos coloniales su producción no respondía a un impulso engendrado por ellos mismos, no se basaba en sentimientos colectivos ni era proyección directa de ellos.

Tan pronto se dieron las dos cosas, se inició una obra literaria americana de alta calidad no solo por lo ilustre de sus cultivadores sino por el sentido nacional que la trascendía y no hay que olvidar que en las personalidades primordiales que comienzan esta peculiar etapa se aglutinan las características de libertadores políticos y libertadores literarios.

Descontados casos aislados como el del centro-americano José Cecilio del Valle, son las tierras del sur las que

presentan los primeros intentos persistentes de emancipación literaria. Esta empresa la lleva a cabo el romanticismo y es en el sur donde el movimiento innovador alcanza sus triunfos firmes y de valor con Esteban Echeverría, que escribe, dos años antes que Angel Saavedra, el primer libro romántico de América.

Es cierto que don Andrés Bello es el primero que lanza el primer grito de independencia literaria:

Divina poesía
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena.

Pero sin negar que Bello se identifica con los primeros románticos en cuanto a la declamación entusiasta y el amor a lo propio, nadie duda que si es el primero en indicar la necesaria autonomía, no llega a ser, como sus contemporáneos románticos, el más caracterizado ejemplo de predicación.

Pero sin negar que Bello se identifica con los primeros románticos en cuanto a la declamación entusiasta y el amor a lo propio, nadie duda que si es el primero en indicar la necesaria autonomía, no llega a ser, como sus contemporáneos románticos, el más caracterizado ejemplo de predicación.

De hecho el romanticismo no tiene el mismo sentido ni los mismos caracteres en los distintos países; por eso se manifiestan en un entrecruzamiento los impulsos progresistas y los de retraso. La acometida renovadora que embiste contra la norma clásica quiere ensanchar el campo de la libertad y de la igualdad humanas. La mirada hacia el pasado se junta a concepciones teológicas y a añoranzas medievales inconfundiblemente reaccionarias. Un movimiento de tal naturaleza tiende a ejercer varia influencia según la realidad social del grupo humano que la recibe. Donde brille una honda disconformidad colec-

tiva su contenido revolucionario se acrecienta, alcanzando fervoroso acogimiento. Es lo que sucede en estos pueblos de América; las circunstancias que vivían propiciaban el enrolamiento en las nuevas banderas.

Derrotados los opresores políticos, los escritores sentían la necesidad y el deseo de derrotar a los opresores literarios. Echeverría declaraba: "El espíritu del siglo lleva hoy a las naciones a emanciparse, a gozar de independencia no sólo política, sino filosófica y literaria". Por eso los revolucionarios del campo de las letras entendieron el romanticismo como un gran impulso inseparable de la liberación americana, como un fuerte elemento civilizador, determinante de la victoria sobre la metrópoli. Como en múltiples ocasiones en la historia, una gran aspiración colectiva encauzada a través de una corriente oportuna iba a cuajar en una gran literatura. Y esto explica que el movimiento romántico esté tan ahincado en el espíritu de los escritores americanos que su modalidad llega a supervivir cuando ya en otras latitudes no pasa de ser un recuerdo más o menos prestigioso. Es evidente que en este romanticismo trasnochado es frecuente lo deleznable y la reiteración yerma. No obstante estos reparos al ímpetu romántico debemos un caro servicio tanto en lo político como en lo cultural. "El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica". Y de eso se trataba entonces: de alcanzar la expresión propia.

La naturaleza de las relaciones entre el impulso de liberación política y el de liberación literaria en los pueblos del sur tienen que ver con el advenimiento de una producción adherida en los anhelos colectivos.

Enrolados en la "religión de los nuevos destinos" los escritores trasuntan sobre su obra el ímpetu libertador. Si han de ser ellos mismos han de producir en sus escritos una nota particular, justificadora de la insurgencia en el campo intelectual. Mientras dura la lucha armada

no puede haber avidez de originalidad ya que la escritura vive para la acción. Lograda la independencia política, el escritor se ve compelido a ofrecer su aporte de novedad en la tarea de crear un mundo nuevo. Es la hora de la búsqueda apasionada y de la candente polémica para encontrar los mejores rumbos. La destreza se ha adquirido en la tradición hispánica; la formación se ha dado por siglos para mantener, con el poder político, la adhesión a las normas de la Península. Este mundo pesa mucho y hay que cambiarlo. Ante los escritores de la época se abren problemas muy complejos, pero todos parten y reiteran una y otra vez el empeño de brindar una manera propia, digna de las naciones libertadas.

Aquellos hombres, tenaces, nos dejaron para siempre la lección de legítimo acogimiento a la cultura heredada y el ansia por llegar a lo americano. El difícil equilibrio entre la sapiencia y la originalidad orientó hacia una meta feliz el proceso intelectual americano. Y a pesar de los vaivenes de nuestra azarosa vida republicana durante el siglo XIX el escritor fue, con admirable persistencia y varia fortuna, leal a su destino de intérprete, servidor y exaltador de su circunstancia.

El hecho de que la independencia literaria de la América española se procurara como una consecuencia inmediata de su emancipación política e irrumpiera por senderos románticos, contribuyó notablemente a su autenticidad, su hondura y a su unidad. Los primeros autores que se dedican a la tarea de nuestra liberación literaria parten de que, lograda la separación de España, correspondía a proceder a la disyunción cultural. Y la libertad política había sido esfuerzo de muchos países, y no de una patria determinada. Desde el comienzo los libertadores políticos hablan por toda la América, a pesar de que su labor es darle independencia a la propia nación. Los emancipadores de las letras proceden en igual sentido. La primera revista en que don Andrés Bello ofrece, desde Londres, información universal a sus "paisanos los

habitantes de Hispanoamérica" se llama **La Biblioteca Americana** a la que sigue el **Repertorio Americano**. Esta concepción continental del quehacer político tanto como del literario señalará un futuro de fecundidad no presentado. Pero la aceptación de que la América española posee una unidad histórica y lingüística que es indispensable mantener y perfeccionar, no adquirió, en los fundadores de nuestra autonomía literaria, una significación genérica y difusa que hubiera conducido, de haber predominado, a debilitar la raíz en el propósito de cubrir excesivo terreno. Precisamente en el americanismo de los hombres que cultivaron las letras de inmediato efectuada nuestra respiración de España, está el principio de un genuino nacionalismo. América se entendió como una entidad física y moral, pero al mismo tiempo, como integración de realidades nacionales con singularidades muy destacadas.

Fue circunstancia afortunada que nuestra lucha de independencia literaria surgiera con esta doble perspectiva, lo que en gran medida la alejó, desde un comienzo, del localismo costumbrista, peligro que acecha ávidamente a todos los nacionalismos artísticos, tanto como de un americanismo retórico e insincero. Los que se sentían con hondura y franqueza, libertadores de un mundo de cultura, no podían dar ejemplo de visión mezquina ni tampoco de desestimación de lo cercano.

Queda por señalar elemento de mucha cuenta que razona los comienzos de nuestra independencia literaria: el afán de universalidad que ha sido en lo medular una constante de la literatura americana desde los días coloniales hasta el presente. Esa permeabilidad, ese ansia de mirar hacia todas las cumbres, no importa su distancia, viene de más de una razón. Basta indicar sólo el hecho de que el proceso de emancipación americana fue un ímpetu por desasir las amarras peninsulares no sólo por opresoras, sino por regresivas. La Península es para los libertadores culturales como lo había sido para los liber-

tadores políticos una realidad retrasada como irredimible. Si ella no puede brindar oportunidades superadoras, hay que dirigir la vista hacia otros núcleos de cultura. Y un vehemente deseo de emular realidades de mayor progreso, y más libertad movió a todos los espíritus. Si Bolívar había buscado inspiración en Francia e Inglaterra en su intento de reestructuración americana, Bello buscó a Londres, Echeverría a Francia y Sarmiento y Lastarria a los Estados Unidos.

Igualmente hay que declarar que en lo íntimo de la primera rebeldía literaria vive una inclinación popular vigorosa. En ello cooperan eficazmente la fuerza política, el espíritu romántico dominante y el sentido ético que nace de toda obra genuina de liberación humana. La separación de España se había alcanzado por la lucha de las masas, por el heroísmo anónimo de indios y criollos del pueblo, los que habían de ser en el nuevo estado de cosas, sujetos de derecho y usufructuarios de la justicia lograda con su esfuerzo.

Una literatura que respondiese al más amplio movimiento de redención vivido por América no podía renunciar a continuar la gran tarea de universal mejoramiento que habían querido producir los libertadores de la espada. El pueblo debía estar en la literatura.

A este popularismo hay que darle todo su valor. No porque España hubiera rendido sus armas al golpe de una revolución de propósitos igualadores, el quehacer literario se tenía por tarea de todos y para todos. Lo minúsculo de los grupos de hombres de letras durante la colonia había creado el concepto aristocrático de la cultura, difícil de suprimir en pocos días. El escritor, con escasas excepciones, había sido clérigo o señor y se juzgaba sér extraordinario y distante. Que la literatura fuese para el pueblo era cosa que estaba en la médula del credo democrático libertador; que el pueblo inspirase al escritor ya no se comprendía con tanta claridad. Sólo hombres como

Lastarria tuvieron valor para la proclamación corajuda: "Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutileza. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor pues, no de los procedimientos del arte, sí de su efectos".

En síntesis la renovación literaria de nuestra América no pudo iniciarse bajo mejores auspicios. Una mirada superficial al proceso que entonces comienza podría llevar a falsos criterios. Pero si se examinan los males que intentaron corregir, lo extenso del mundo hispanoamericano y los sedimentos feudales y caudillistas que creó la colonia y que la independencia no pudo abolir, había que aceptar que en al avance doloroso de nuestras patrias tiene mucha parte la postura y la actividad de los escritores que se plantearon la labor literaria, desde un comienzo, como un gran servicio de superación colectiva.

La cuestión de la lengua se presenta a los innovadores desde los primeros empeños de liberación literaria.

Los reformadores del período de independencia hacían frente a un problema que ha venido hostilizando el camino de las letras en América a lo largo de todo el trayecto. La excelencia expresiva de los escritores americanos no nacía de un esplendor arraigado en secular torrente popular y nacional que hubiera dado origen a una lengua ennoblecida desde dentro a través del desarrollo de un genio propio. Nuestros pueblos no han gozado de esa coyuntura unificadora y fecundante. Lo que denominamos literatura americana es lo escrito en castellano desde el descubrimiento hasta el momento actual, y por debajo de esa producción no hemos tenido, sustentándola y levantándola con sus jugos las grandes masas que le dieran, con la integración de una lengua nacida de sus entrañas, crecimiento y condición en un vigoroso laboreo interior.

Una tenue extranjería ha venido, entre nosotros, perturbando la vía de la creación. Sólo las poderosas fuerzas de nuestros escritores ha podido salvar esta resquebrajadura íntima. Bien lo ha declarado Gabriela Mistral con palabras que han hecho época: "En nuestros pueblos mestizos donde el negocio de la lengua corrió durante tres siglos a cargo de la población blanca que forma la clase burguesa, la lengua popular que en algunos aspectos se insinúa también lo familiar, ha estado ausente, porque la masa mestiza o india hablaba o bien dialectos indígenas o bien el español primario que dieron las conquistas"... Ocurría además que la maestría seguía alcanzando por asiduo trato de los autores magnos del período clásico español. No había modelos americanos, sino que la prosa se abrevaba en Cervantes o Fray Antonio de Guevara y la poesía en Garcilaso, Fray Luis o Quevedo.

Este problema del idioma, que tanto ha contado, implícita u ostensiblemente, en toda la vida de las letras hispanoamericanas, presenta en su reconditez posibilidades de fidelidad y de evasión, de realidad y de irrealidad, de presencia y de deserción. La contradicción ha estado en todo momento a punto de deslizarse por dos costados igualmente censurables: por el apego estéril a las formas venerables y por la aceptación de corrientes extrañas y deformadas. Quienes en América hayan tomado el camino de la imitación externa, literal de las formas sacramentadas de las letras españolas, han pecado gravemente contra nuestra libertad. Quienes hayan transitado por el sendero de la resonancia exótica, con desprecio de la tradición viva y fecunda, han pecado contra nuestra autenticidad.

Ha sido preocupación de todas nuestras personalidades señeras el uso adecuado de la lengua, conscientes de que importa el acierto o error en este terreno. Lugar común es citar la polémica de Bello y Sarmiento sobre este delicado asunto, en que el último defendía frente a los reparos classicistas y aristocráticos de don Andrés, una

lengua libre, fluyente, enriquecida por las múltiples contribuciones populares. Razonable con su formación romántica Sarmiento considera que la soberanía del idioma es consecuencia de la soberanía del pueblo y que es el pueblo el que debe dictar al escritor su camino lingüístico. Bello, de quien no se puede olvidar su papel de renovador y su eximia labor de cultura, mantuvo la fuerza de la expresión sin continuaciones populares e hizo guerra contra los que proclamaban "la libertad románticolicenciosa del lenguaje" y contra los que "por prurito de novedad o por eximirse del trabajo de estudiar la lengua quisieran hablar o escribir a su discreción".

No se puede medir la marcha ininterrumpida del espíritu creador. Pero es indudable que hacia mediados del siglo pasado, tangibles ya los frutos de los primeros movimientos sociales de hondura histórica, la literatura americana cobra una vida nueva. Ha madurado y adquirido consistencia y originalidad. Es patente la evidencia de una superior jerarquía en nuestra cultura. Se han efectuado transformaciones notables; las obras se multiplican prodigiosamente y por todas partes se señala la adulez promisoría. Pero las líneas fundamentales, matrices, se conservan las mismas.

Aunque no faltan en este lapso de florecimiento y afirmación quienes tratan de torcer con sus calcos yertos de lo español o empeñados en el injerto violento de lo inasimilable, lo dominante es la obra arraigada en lo americano muy penetrada de nuestras necesidades y apetencias, interpretadora de nuestras maneras peculiares, transida de aires universales y atenta al equilibrio entre la tradición impulsora y la novedad genuina. La huella vigorosa de lo popular con características épicas tan visible en el "Facundo" de Sarmiento, permanece y se extiende en el "Martín Fierro" hasta llegar a "Tabaré". Las últimas y mejores novelas románticas como "María" de Isaacs y "Cumandá" de Juan León Mera se cruzan con los primeros atisbos del relato realista.

Aquel estado tan singular de los fundadores de ser simultáneamente pensadores y realizadores, artistas y próceres que con tanta propiedad perfilan a Bello y a Sarmiento, o Echeverría y Lastarria, a del Valle y Alberdi, no sólo se mantiene sino que se acentúa y eleva, dando signos de renovada calidad y creciente eficacia.

En este momento, más que en el inicial, el hombre de letras es luchador político. Un más seguro rigor de pensamiento, una información más completa y exacta y un auditorio numeroso hacen de algunos escritores de este período adocrinadores aceptados en más de una nación del continente. Casi todos son ricos de vida y obra. No siempre le asisten las gracias líricas. Por lo general son más pensadores que artistas, aunque a ninguno le falta un cabal conocimiento del quehacer literario. Distintos y semejantes forman un conjunto brillante y respetable. Forman en este sobresaliente grupo don Juan Montalvo todo maestría; González Prada, todo encendido en fuego proteico; Eugenio María de Hostos, apasionado, orientador y especulativo, Justo Sierra, ejemplo del escritor dado a la tarea civil; Cecilio Acosta, la sabiduría austera y generosa.

Lo singular y extraordinario es que todos estos escritores-ciudadanos **no sólo son paradigmas, lo mismo en las letras como en lo cívico, sino que preparan el engaste para la creación de nuestro tiempo y del tiempo futuro. Esto se debe a su fidelidad a las normas básicas. Han expresado lo nacional en sus obras con generosidad y honra. El celo por el pueblo toma en estos hombres ejemplares consistencia, claridad y sentido realista. El americanismo de los orígenes se ha hecho servicio y firme defensa. Esta tenaz preocupación por sus respectivas comunidades no ha obstruido una verdadera universalidad que dio a la cultura americana de su tiempo soltura y arranque que la distinguieron de las culturas europeas contemporáneas. Y en fin la lengua es en ellos brega y conquista consuetudinarias, experiencia de sus orígenes y de sus logros his-**

tóricos, contrastación incesante de sus enriquecimientos legítimos y diario ejercicio vitalizador.

Al llegar las últimas décadas del siglo XIX se anuncian signos diferentes. Las características señaladas como constantes en la literatura americana empiezan a debilitarse y a contradecirse. Se inicia un período complejo de literatura **pura** en que la nota distintiva consiste en un desasimiento de la realidad. Es el Modernismo.

Hay que considerar este movimiento como expresión de un fenómeno universal que tiene en la América Española rasgos específicos. Sólo desde este ángulo es posible comprender lo que el Modernismo representa.

El hecho de que la América Española hubiera progresado satisfactoriamente por la adecuada vía de la norma realista no podía dar por sentado que nuestras letras habían alcanzado una autonomía tal que las pusiera a cubierto de movimientos que por universales, habían de irrumpir estas latitudes. Por muy recia americanidad que ostentaran eran el producto de una cultura matriz que no había nacido en este continente y no podía quedar al margen de las transformaciones y direcciones que en Europa surgiesen.

Superando fuertes obstáculos, la América Española desarrolla una economía que la ponen en comunicación asidua e intensa con los centros europeos de más penetrante cultura. Las generaciones que arriban a la conciencia artística se alimentan de la ansiedad universal. Las ubres españolas están exhaustas. En la lírica, el mensaje peninsular se ha empequeñecido y se ha hecho reiterativo en combinaciones estróficas y métricas manoseadas. La voz diáfana de Bécquer se ha perdido en imitadores sin inspiración y reinan la declamación acicalada de Núñez de Arce y el ingenio casero de Campoamor. Tienta lo francés por el idioma asequible y por el prestigio de sus poetas. Hacia Francia miran los mejor dotados.

La nueva corriente contradice las firmes direcciones

que hasta ese momento habían orientado la literatura nuestra. Si lo americano se asoma a sus obras no será la esperanza que se eleva ante sus ojos, sino un pasado que, por serlo, puede ya contemplarse como una preciosa lejanía. En cuanto a la substancia nacional tan apretada hasta entonces, ya se sabe hasta donde se diluye. Y el popularismo de vena épica que colocara a América en el umbral de una magna literatura sufre un indefinido oscurecimiento.

El hecho cierto es que este cambio se produce porque la adscripción a una postura que pone el acento en la asimilación de una maestría lejana así lo determina. Es cosa sabida que tan pronto el escritor sitúa a su posibilidad de acierto en el hallazgo formal o en el matiz recóndito se debilita y se desnuda su contacto con la tierra. Es la consecuencia de una posición estética que colora la gestión del escritor y del hombre. Los cultores del modernismo traducen sus sensaciones y conflictos de modo abstracto porque así lo ordena una manera imperiosa de la poesía francesa del tiempo. En la misma forma y por iguales razones no ponen su inspiración en la realidad circundante, sino que la arraigan, como sus modelos, en mundos estructurados por su cuenta y riesgo.

No se trata de que los poetas sean por fuerza militantes políticos. Un escritor puede ser agitador partidario si hay para ello coyuntura y disposición; pero lo lamentable es que base su trabajo y ponga su propósito en un aislamiento consciente y voluntario del medio que lo sustenta.

Si el escritor tiene un deber humano irrenunciable, las condiciones dominantes en su mundo han de determinar concretamente la índole y el tono de su actividad creadora. Las circunstancias de América exigen a sus hombres de letras una radical identificación con su pueblo. Ya Alfonso Reyes después de considerar las ventajas e inconvenientes que supone la lealtad social del escritor americano declara: "... entre nosotros no hay, no

puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador”.

Tras el anterior asedio a la creación en la literatura americana, queda como incuestionable que el espíritu nutricio de ella ha constituido la lealtad a las inquietudes, propósitos y esperanzas comunes al continente. Tal aserto queda resumido en las palabras de Rodó: “solo han sido grandes en América aquéllos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento americano”.

Desde los momentos iniciales fue claro para los escritores de América que nuestro mundo había de expresarse por los cauces de la cultura europea pero que únicamente interpretando con fidelidad su avasalladora realidad podía adelantarse en su descubrimiento. La lealtad a un medio de múltiple novedad en lo físico y en la peripezia humana de acomodación y dominio, ha venido definiendo una obra de firme sentido histórico. El escritor americano ha tenido por delante una recia disyuntiva: o la sujeción a una literatura ajena y rica en logros y sugerencias o la comprometida libertad de manifestar en su obra la vida tumultuosa, contradictoria y bronca de su extenso escenario. La captación y la comprensión literaria de la realidad inmediata ha sido para el escritor de nuestra América, más que para su colega de otras latitudes, servidumbre y grandeza, necesidad y deber. O se entregaba a la faena de dar lo cercano, corriendo los peligros que toda revelación comporta o quedaba extraño a su destino sobrenadando en aguas exóticas. Los más robustos y valerosos optaron por la primera postura del dilema. Mucho de lo que hoy se hace y es posible hacer, viene de esta decisión. Y a ella se deberá que la obra de arte americana valga mañana por la calidad toda potencia que parte de los caminos cercanos, que invitan al viaje mientras sustentan nuestros pasos.

La Generación de Vanguardia en la Literatura Panameña y su Situación en las Búsquedas Poéticas Contemporáneas

Por: MARTINEZ ORTEGA

En el año de 1933, aún mantenían monopolio estético en el campo de la poesía el grupo de Poetas componentes de la Generación Republicana, cuya característica literaria era una poesía modernista-romántico-personalista, por lo que un grupo de jóvenes, intelectuales que hacía ya algunos años se identificaban con la nueva estética de las Escuelas de Vanguardia Europeas, dispuso manifestar oficialmente su propósito de terminar con el dominio de aquella orientación literaria en la poesía panameña.

Fué una memorable noche del 17 de enero de ese año que Roque Javier Laurenza representando a los rebeldes jóvenes intelectuales usó la tribuna del Aula Máxima del Instituto Nacional para hacer un análisis crítico a los poetas de la Generación Republicana y plantear la necesidad de una renovación literaria.

Esa actitud decidida de ese grupo de jóvenes, esa crítica valiente y efectiva constituyó un gran ejemplo en nuestra historia literaria, ejemplo que hoy nos mueve a un grupo de jóvenes escritores a plantear una nueva renovación literaria en el campo de la poesía como una necesidad urgente en nuestra literatura.

Así como en 1933 los jóvenes intelectuales de aquella época se levantaron contra la orientación poética de la

dominante Generación Republicana, hoy creemos nosotros en la necesidad de levantarnos contra la orientación de la poesía actual panameña en la cual aún impera, aunque con algunas variantes, la modalidad impuesta por aquella generación de jóvenes que hoy se le conoce con el nombre de Generación Vanguardista.

Ante esa posición actual de nuestra poesía reaccionamos hoy, por considerarla rezagada con respecto a la orientación que lleva la poesía contemporánea, alejada en sus aspectos fundamentales de la orientación de las escuelas de vanguardia, las cuales ayer fueron representativas de una época y un momento histórico que no es el de hoy.

Un comentario crítico a la orientación vanguardista, es la base para comenzar a establecer diferencias, como también para dejar manifiesto nuestro reconocimiento a su labor poética de gran importancia en nuestra literatura. No olvidamos que el movimiento vanguardista en Panamá universalizó nuestra poesía, la que no era más que una expresión personalista intrascendente.

Durante estos últimos treinta años, marco histórico al cual se circunscribe nuestro trabajo, además de los poetas identificados con las modalidades vanguardistas, se han agitado en la vida literaria del Istmo una gran cantidad de personas cuya obra es una expresión personalista ausente de valor en el mundo literario. Consideramos nosotros, que las únicas expresiones de valor en nuestra literatura poética de estos treinta años son las que están identificadas con los movimientos de vanguardia, no solo por su calidad sino por estar justificadas históricamente; sin embargo, salvamos de esta afirmación las expresiones vernaculares cultivadas por algunos poetas durante estos años, ya que ellas se encuentran al margen de los movimientos literarios.

Se notará que la modalidad vanguardista se ha dado en nuestra poesía sin haberse identificado en particular con alguna de las escuelas componentes del vanguardis-

mo poético. Como es sabido el Vanguardismo, es decir, la modalidad vanguardista está constituida por escuelas poéticas distintas como la Futurista, la Creacionista, la Dadaísta y la Surrealista que, no obstante similitudes fundamentales, son disímiles en cuanto a procedimientos y otros aspectos particulares. Nuestra producción vanguardista se identifica con generalidades de la modalidad que venimos mencionando y sobre todo con el estilo personal de los poetas más sobresalientes de la vanguardia.

En Panamá el desarrollo de la modalidad vanguardista, a partir de 1930 cuando surgen al calor de las primeras escuelas de vanguardia y sus poetas, tiene matices, como en toda Hispanoamérica, producidos ya por hechos históricos como el surgimiento de los movimientos de izquierda en el mundo, la revolución rusa y la revolución española, que le impregnan a la modalidad un matiz social donde descuella, entre otros, poetas como Neruda de gran influencia en nuestra poesía; o ya producidos por movimientos filosóficos como el existencialismo que dará un matiz filosófico a la poesía de vanguardia en que han de aflorar las angustias existenciales, descollando poetas como Vallejo que también influirá en algunos de nuestros poetas; o ya producidos por la aparición de los grandes poetas cultos con gran trasfondo clásico, griego-latino, y bíblico-hispano en sus obras, como Ezra Pound y T. S. Eliot entre otros.

Estos agentes modificadores de las corrientes de vanguardia los encontraremos actuantes en los poetas tratados en este trabajo, los cuales son los más representativos entre todos los que abrazaron este movimiento en Panamá, por la calidad de sus obras.

A estos poetas vanguardistas que trataremos, los vamos a separar en dos grupos para cumplir hasta donde nos sea posible con las reglas establecidas por la crítica con respecto al concepto generación. Bajo el nombre de Primera Generación Vanguardista, trataremos a Rogelio Sinán, Herrera Sevillano y Ricardo Bermúdez, poetas de-

sarrollados en la década del 30, que aclimatan la modalidad en nuestra poesía y están más ligados que los poetas posteriores tanto por procedimientos técnicos como por tema al ambiente literario de las viejas escuelas de vanguardia. Como componentes de la Segunda Generación Vanguardista trataremos a Stella Sierra, Tristán Solarte, Changmarín, y José de Jesús Martínez, poetas desarrollados en la década del 40, quienes son los continuadores de la modalidad aclimatada por los primeros. Sus producciones están contaminadas de nuevas actitudes vanguardistas producidas ya por los hechos históricos o filosóficos o poéticos que anteriormente habíamos señalado como de la modalidad vanguardista en el arte. Advertimos que podría hablarse de una tercera generación vanguardista, compuesta por una buena cantidad de poetas jóvenes de hoy, que aunque tienen algunas particularidades que los distinguen de los otros dos grupos generacionales, sobre todo, en lo referente al tema, no han abandonado los viejos procedimientos vanguardistas en la técnica que emplean, especialmente en sus tan usadas metáforas e imágenes, confirmándose por lo tanto nuestra afirmación de que la orientación vanguardista se mantiene en nuestra poesía. Sin embargo, no los consideraremos, ya que no pasan de una minúscula cantidad los que han editado poemarios y además por encontrarse sus obras en pleno período embrionario.

La primera generación Vanguardista

Antes de 1929, año de la edición de "Onda" de Rogelio Sinán, primer poemario vanguardista en nuestra literatura, habían aflorado a nuestra vida literaria expresiones poéticas que se alejaban de la orientación modernista-romántico-personalista que cultivaban nuestros poetas de la llamada Generación Republicana. En efecto, Antonio Isaza y Demetrio Korsi, este último había residido en París durante los primeros años del apogeo de la vanguardia cuando aún era modernista de escuela, ve-

nían empleando en su poesía procedimientos métricos desligados de la formalidad métrica estilada en la poesía del momento, a la par que un vocabulario y una temática muy desatenta al escogimiento y la elegancia de la empleada por los poetas de la Generación Republicana. No obstante la nueva actitud de Isaza y Korsí en su producción, no podemos considerarlos poetas vanguardistas, ya que sus obras no se identifican como es debido con el movimiento de vanguardia, sin embargo, son sus obras el paso hacia una identificación con las nuevas expresiones artísticas.

*

La edición en Roma, 1929, del poemario vanguardista "Onda" de Rogelio Sinán inaugura oficialmente la presencia del vanguardismo en nuestra poesía. La residencia de Sinán en Italia le permitió una vinculación directa con la nueva modalidad. El poemario llega a Panamá como genuina muestra vanguardista pero ausente de un planteamiento que contenga los propósitos renovadores, lo que desconcertó aún más la ignorancia del ambiente literario panameño que juzgó el libro como "caprichos de un niño que quiere jugar con versos"; a excepción de algunos intelectuales de la época, entre ellos Octavio Méndez Pereira, José Dolores Moscote y Guillermo Andrevé, el juicio general valoraba la obra como caprichos poéticos. Será años más tarde que jóvenes poetas de la época vinculados a la modalidad vanguardista harán del poemario "Onda" y su autor, bandera de un movimiento literario renovador; de inmediato con su cooperación, Sinán ilustrará mediante explicaciones en aulas y revistas la nueva modalidad literaria. Finalmente la conferencia de Laurenza en 1933, demostrará la pobreza de la expresión artística de ese momento y la necesidad inmediata de una renovación que responda al momento histórico.

Indudablemente que el hecho de que fuera Sinán el presentador e inaugurador del movimiento vanguardista fué de gran provecho para la orientación y el éxito del movimiento en Panamá, ya que el poeta a través de su permanencia en Europa obtuvo genuino contacto con la gran cultura, la cual absorbió con inteligencia y sensibilidad. Más aún, su contacto con la poesía de vanguardia de los poetas europeos fué abundante y por lo tanto pudo proporcionar relaciones a los jóvenes intelectuales con la poesía y la cultura del momento.

La misma obra de Sinán nos muestra el hombre inteligente, culto y de excelente buen gusto, al igual que el artista de temperamento erótico con predilección por lo cosmopolita exótico. A pesar de que el tiempo comprobó ampliamente que no era en la poesía sino en el cuento donde se realizaría Sinán como verdadero maestro, pudo dejarnos una breve y feliz obra poética, gracias a que con las cualidades antes mencionadas logra buenos poemas. Su obra poética eximida de la importancia histórica que posee dentro de nuestra literatura no es trascendental aunque posee como hemos afirmado logros felices. Toma como guía estilos personales de varios poetas europeos los cuales asimila con inteligencia y buen gusto. De una poesía ágil, risueña y fresca que nos recuerda a los vanguardistas neopopularistas españoles pasará a una poesía de hondo trabajo formal, audacia en la imagen y mayor empleo de recursos simbólicos como son sus poemas de "Incendio" y sobre todo sus poemas de "Semana Santa en la Niebla" donde las características anteriormente apuntadas están encerradas dentro de una sobria y herméutica elegancia y una gran atmósfera de cultura. Si bien es cierto que Sinán no crea un estilo propio ya que está inspirado en técnicas estilísticas de otros poetas, también es cierto que bajo su influencia se ha dado una poesía que, como la de él, centrará su preocupación en el elaborado lujo formal aunque esté vacía de contenido.

Poeta de esta primera generación fué también Deme-

trio Herrera Sevillano quien ya en 1924 había publicado "Mis Primeros Trinos", poemario dentro de la orientación modernista-romántico-personalista. Sin embargo, el poeta al contacto con la nueva modalidad vanguardista que trajo Sinán, acercó su poesía al nuevo movimiento y lanza en 1937 un originalísimo poemario bajo el título de "Kodak" cuya orientación vanguardista ligada a la escuela creacionista es de lo más original que se haya dado no sólo en nuestro parnaso sino dentro de toda la producción de la tendencia creacionista. Fué el poeta Herrera Sevillano hombre de cultura pobre, pero no inculto como lo han tildado los que hablan de que su caso fué un milagro poético. Conocía la producción de varios poetas de la época cuyas técnicas asimiló, con preferencia, la técnica creacionista a través de Vicente Huidobro del cual utiliza como epígrafe versos de su "Arte Poética" en "Kodak". El análisis más superficial que se haga de su obra, descubre que lo valioso de su producción está bajo el influjo de la técnica creacionista por lo que sólo tomaremos en cuenta este tipo de producción. En esta línea, hay poemas que se encuentran diseminados por distintos libros y concentrados en mayor número dentro de "Kodak" y "Ventana", 1949, en los cuales Herrera Sevillano nos muestra su auténtica dimensión poética, cuya excelencia original es el resultado del enmarcamiento de su realidad físico-social-cultural dentro de la técnica creacionista. Toda su poesía fué inspirada por los problemas y realidades proletarias que lo rodeaban los cuales no abandonó nunca. Aunque de técnica creacionista fué de temas y metáforas proletarias, hecho que ha dado una modalidad poética dentro del creacionismo que podríamos llamar creacionismo social. De todos los poetas panameños plegados a la vanguardia su producción es la única ligada claramente a una escuela de vanguardia determinada y dentro de ella, el único caso conocido de creacionismo social que se haya dado dentro de esta corriente. Lamentablemente tanto sus seguidores como comentaristas que muy por encima han cap-

tado el fenómeno sólo reparan en la incorporación del escenario proletario de Panamá a la poesía nacional y han dejado escapar su magnífica contribución poético-creacionista a la modalidad de vanguardia en Panamá.

*

Ricardo J. Bermúdez cierra la primera generación vanguardista que aclimató la modalidad en nuestras letras. Posee la producción de más trascendencia en su generación y es el poeta que más seguidores ha tenido en la poesía panameña. Su obra, de preocupaciones trascendentales, no está ligada a ninguna escuela en particular, sino más bien es el producto de su cultura, sus genuinas dotes poéticas y la asimilación de los grandes poetas universales de su preferencia, tales como William Blake, Tennyson y otros. Ha realizado su obra con personalidad dentro de las características generales del arte de vanguardia, logrando que en ella resalte dentro de un cultivado hermetismo la imagen y la metáfora, en un clima de sensualidad tropical filosófico-existencial, con gran sentido musical y pictórico.

En sus primeros libros que parten de 1937 con "Poesmas de Ausencia", notamos las influencias de los vanguardistas cultivadores del preciosismo formal sin preocupación temática como el Lorca de sus primeras creaciones, actitud que abandona paulatinamente acercándose a una expresión poética compleja de responsable preocupación en la forma y en el tema.

A través de sus libros posteriores "Elegía y Adolfo Hitler", 1941, "Adan Liberado", 1944, "Laurel de Cenizas", 1952 y "Cuando la Isla era Doncella", inédito, muestra ser el único de su generación que dado su continuidad creadora, ha experimentado las modificaciones de los hechos culturales, ideológicos y poéticos que han matizado la modalidad como apuntamos en la introducción de este

trabajo, por lo que encontramos evoluciones dentro de la obra del poeta aunque no vaya más allá de lo que es estrictamente la poesía de vanguardia.

*

Segunda Generación Vanguardista

La edición de los primeros poemarios vanguardistas, la creación de revistas literarias que reproducen obras de los grandes escritores de la época y acogen las inquietudes intelectuales panameñas, los cursos sobre la nueva estética y sus representantes que se dictan en el Instituto Nacional, finalmente la conferencia de Laurenza destinada a dar la más cruda visión sobre la calidad de la producción modernista-romántico-personalista, va creando en el ambiente nacional simpatías hacia el nuevo movimiento.

Fueron muchos, sobre todo jóvenes, los que con febril entusiasmo siguieron la senda abierta por Sinán, Herrera Sevillano y Bermúdez. Algunos se retiraron convencidos que no sólo el entusiasmo bastaba para crear y otros se han mantenido en las faenas literarias dentro de los cuales hay gran cantidad cuya obra no alcanza grado artístico respetable. Como manifestamos en la introducción, sólo mencionaremos los auténticos poetas cuya obra es de valor, los cuales se desarrollaron artísticamente en la década del cuarenta y constituyen lo que hemos llamado Segunda Generación Vanguardista. En estos poetas que constituyen la segunda generación, la modalidad vanguardista aparece matizada por los hechos históricos, ideológicos y literarios que hemos explicado anteriormente.

No es común encontrar en las mujeres panameñas que hacen versos, una cultura artística cultivada con esmero, seriedad y conciencia de lo que es la responsabilidad intelectual, en una palabra, dentro de la producción

poética que ha brindado la mujer panameña al parnaso nacional, sólo podemos aceptar una que otra autora. Stella Sierra es una de ellas y a nuestro juicio la más orientada en sus búsquedas. Se desarrolló poéticamente en la década del cuarenta y su producción, Sinfonía Jubilosa en Doce Sonetos, 1943, Canción de Mar y Luna, 1944, Libre y Cautiva, 1947, Cinco Poemas, 1949 es un buen aporte a la producción vanguardista de Panamá. La influencia de Sinán es mucho más manifiesta que la de Bermúdez; como él, demuestra afición por el cultivo de la forma elegante y llamativa, la concentración de metáforas e imágenes y un marcado interés por deslumbrar a través de la audacia y el lujo literario. Su poesía, nostálgica y erótica, es de buen gusto, sensibilidad lingüística y dominio formal, poesía que no pasa más allá de estos límites establecidos. Típica poesía vanguardista, cargada de retórica, abstracta y sin más horizonte que el culto a la palabra, pero de indiscutible logros.

La producción de Ester María Osses, contemporánea de los poetas de esta generación, es también una responsable contribución femenina a la modalidad de vanguardia.

*

La estupenda producción de Tristán Solarte es uno de los dos casos poéticos que arrastran preocupaciones trascendentales en esta segunda generación. Son las suyas, menos intelectualizadas que las de Bermúdez y más apegadas al misterio, de más efectos reales y humanos que intelectuales. Poeta de gran cultura y serias vivencias muestra una poesía con personalidad que ha asimilado las grandes realizaciones poéticas. En sus libros, Paisajes de Vida y Muerte, 1950, Evocaciones, 1955, Aproximación Poética a la Muerte, 1952, hay claras evidencias de la atmósfera telúrica que rodea su poesía. Ya es evidente que

el poeta abandona su formación inicial, para lanzarse a grandes realizaciones dentro de una contemporánea concepción artística.

*

Minado de mayor número de preocupaciones trascendentales que Tristán Solarte, José de Jesús Martínez ha entregado la producción de mayor gravedad temática de toda nuestra historia poética. Su formación filosófica lo ha inclinado hacia una poesía metafísica cuya problemática se centra en las interrogantes sobre el "ser", el "estar" y el "morir", es poeta preocupado del hombre y su papel en el tiempo y el espacio. Auténtico artista y auténtico angustiado existencial, nos da una poesía nacida al calor de torturantes incertidumbres, pero obtenidas no de un frío análisis intelectual del problema sino de las crudas realidades cotidianas, las cuales su extraordinaria sensibilidad va recogiendo morbosamente con minuciosidad. Su cultura vivencial e intelectual es de primera calidad. En sus dos primeros libros, *La Estrella de Tarde*, 1950 y *Tres Lecciones en Versos* 1952, su estilo luce emparentado con el de Vallejo y el Neruda de las "Residencias", pero en sus libros posteriores e inéditos, presenta un estilo liberado de la más elemental preocupación formal, arrastrado por una apocalipsis poética expresada a quemarropa, saturada de problemática humana. Su concepción artística y también su expresión, han abandonado la modalidad vanguardista y se han acercado a la concepción y expresión artística contemporánea.

*

El realismo socialista poético ha encontrado en Carlos Francisco Changmarín un militante. Se formó también, en la década del cuarenta al abrigo de la modalidad vanguardista. En su primer libro, "Punto e Llanto," 1948,

el poeta lucía influido fuertemente por la poesía neopopular de García Lorca. Sus convicciones políticas le fueron condicionando nuevos temas y lo acercaron a la poesía social alejándolo de su formación inicial. Su auténtica condición artística y su esmerada preocupación poética, han mantenido su producción alejada de lo panfletario, mal éste de muchos de los que acogen esta tendencia artística. En "Poemas Corporales", luce una vigorosa expresión de mensaje revolucionario expresado en un estilo personal de reminiscencias de clásicos españoles. Ultimamente su estilo, luce alimentado de folklore nacional y aún no podemos medir las consecuencias de esta búsqueda. Su poesía le acredita el título de poeta de la Protesta y las aspiraciones proletarias y campesinas de Panamá.

*

Ya se advirtió en la introducción, que podríamos destacar un Tercera Generación Vanguardista desarrollada en la década del cincuenta, pero la limitada perspectiva histórica para contemplarla, como el hecho de ser personas y obras muy jóvenes, de escasa publicación, es conveniente abstenernos de entrar en análisis. No obstante, dos casos se presentan en esta época cuya madurez artística y su conciente filiación al arte de vanguardia, merecen una mención.

Guillermo Ros Zanet: "Poema Fundamentales", "Ceremonial del Recuerdo" y Demetrio Fábrega: "Redes de Humo", "La Mal Sentada", "Cuerpo Amoroso", han presentado en esta década del cincuenta una producción de genuina calidad vanguardista; ambos han dado una poesía hermética de laboriosidad formal. Sin embargo en Demetrio Fábrega, gracias a su mayor ritmo creador, ha experimentado evoluciones hasta alcanzar elegante personalidad sin salirse de una expresión de vanguardia. Se inició con predilección por la temática social fuertemente

influido por Neruda. Enriquecido culturalmente, su estilo y su poesía han alcanzado personalidad al calor de una digerida cultura poética donde los clásicos españoles, griegos, latinos y los grandes poetas cultos como Pound y Elliot son alimento fundamental.

No sólo la producción de estos últimos poetas, también la de los más jóvenes que se están desarrollando con la huella visible de Bermúdez, nos dan evidencias para asegurar que la modalidad poética de vanguardia aún se mantiene como expresión novedosa, dentro de un momento histórico incompatible a tal expresión.

Nuestro momento tiene visibles características que no pueden escaparse de la poesía actual, la cual debe ser una expresión artística determinada por la época y sus circunstancias históricas.

Hoy que todo tiende a lo exacto y funcional, que toda expresión, ya científica o social, está dirigida a mayorías, no es posible conservar expresiones literarias que mantengan el divorcio entre la obra y el público.

La poesía, sin perder su condición artística, debe abandonar la deshumanizada retórica y tornarse directa, con recursos literarios humanizados, ricos en atmósfera y sugerencias, al alcance de una sensibilidad mayoritaria.

La Ceremonia de la Pubertad Femenina en Dos Culturas Indígenas Panameñas

por REINA TORRES DE ARAUZ

En las culturas matriarcales, o en las que no siéndolo definitivamente presentan no obstante un ceremonial social que no excluye a las mujeres, la ceremonia de la pubertad femenina suele manifestarse en ritos que evidencian el sentido netamente biológico y social que el hecho fisiológico en realidad trae consigo. Básicamente se le considera como el tránsito a la condición de adulto, la incorporación a las fuerzas activas de la sociedad, puesto que tras ello, la joven recientemente púber está en condiciones de contraer matrimonio y dar hijos a la comunidad. Este carácter de tránsito a una nueva edad está presente en los ritos en los cuales se le purifica mediante baños, se le aconseja, se le somete a pruebas de fortaleza física que demostrarán que su débil etapa de infante ha quedado superada y se le señala físicamente en su nueva condición mediante el corte de cabello, alguna mutilación corporal, o alguna innovación en el tocado o arreglo personal.

A esta ceremonia también se le observa un aspecto mágico-religioso, relacionado con el delicado y significativo fenómeno biológico-social. Generalmente la joven es recluida o bien aislada en alguna forma; una dieta especial le es señalada; tabús alimenticios le son impuestos, a veces, por largas temporadas; durante el período crítico de la menarquia no puede estar en contacto social ni familiar con hombres; se la defiende mediante distintos sortilegios del ataque de espíritus malignos que pue-

den atentar contra su fecundidad o femineidad, etc. Y al finalizar el ceremonial la joven queda entonces en condición de elegir o ser elegida para el matrimonio.

Al respecto, podemos citar al etnólogo Birket-Smith (1):

“Para la primitiva forma de pensar la menstruación representa algo místico y peligroso, y por eso podemos verificar en todas partes que la mujer está sometida a reglas rigurosas, mientras dure su estado crítico: no se le permite comer con los demás, debe renunciar a ciertos manjares, tiene que dormir en una choza especial y cuidarse mucho de no entrar en el más mínimo contacto con la caza o con el ganado”.

En las tres culturas panameñas que existen actualmente está presente el ceremonial de la pubertad femenina. En el caso de la cultura Cuna, desde los primeros trabajos clásicos al respecto ha sido detalladamente descrito el ritual correspondiente (2). El mismo interés que tal ceremonia despierta, —ya que la cultura Cuna, de marcado matiz femenino rodea de un complicado y lujoso ritual a este acontecimiento— ha motivado posteriores trabajos de descripción y análisis sobre tal ceremonia. Es por ello que no he creído conveniente repetir aquí lo que en otra oportunidad he escrito (3).

En el caso de las culturas Chocó y Guaymí la situación es diametralmente opuesta. Tratándose de culturas sobre las cuales no se han realizado variadas investigaciones, y sumándose a ello el hecho de que en aquellas, si bien tal ceremonia conserva un profundo significado social no presenta las condiciones de lujosa “mise

(1) BIRKET-SMITH Kaj: “Vida e Historia de las Culturas”. Pág. 86. Edit. Nova. Buenos Aires, 1952.

(2) NORDENSKIÖLD Erland: “An Historical and Ethnological Survey of the Cuna Indians”. Göteborg, 1938.

(3) IANELLO Reina Torres: “La posición social de la mujer Cuna dentro de su cultura”. Lotería, Julio 1953. Panamá.

en scene" que en el caso Cuna es evidente, el ceremonial de la pubertad es casi desconocido o por lo menos poco difundido en el acerbo etnográfico panameño.

Ceremonial Chocó:

Estas versiones las obtuve en dos temporadas de estudio en el campo. En el verano de 1957, tuve oportunidad de conseguir como informante a dos mujeres chocoes de Río Chico, Darién. Una joven madre de 25 años, de nombre Alicia Catúa, y una anciana de 60 años, Lilia Samaná. En Abril de 1960 pude entrevistar a una joven india de Río Yape, Darién, madre de dos niños y de 20 años de edad, de nombre Aleida Tócamo. En los tres casos, las mujeres relataron cómo había sido la ceremonia de la pubertad de cada una de ellas y el análisis se hizo en relación con sus propias experiencias. Las tres versiones coinciden en los rasgos generales, contribuyendo a formar un concepto adecuado de este ceremonial.

Al sobrevenir la menarquia, la joven es recluida en un pequeño cuarto dentro de la casa familiar, cuarto que construyen con corteza de árbol o palma, o bien en una simple "tolda" hecha con telas generalmente compradas en las tiendas pueblerinas. En este cuarto la joven permanece encerrada durante una semana, período durante el cual es visitada únicamente por su madre. Se la baña continuamente con agua de un recipiente en el cual se han colocado previamente un hacha, una piedra y una rama espinosa. La señorita no solamente debe bañarse con ella, sino que también debe tomarla, teniendo todo ello como objeto el transmitirle las propiedades de fortaleza y consistencia que esos materiales poseen. Durante esta semana la reclusa sigue una dieta especial que parece estar reducida a plátano, cortado en trozos pequeños, carne de venado y chicha de maíz no fermentada. La madre le hace un caminito especial, un "trillo", hacia el río. Este camino debe estar completamente despeja-

do, debe estar completamente limpio con el fin de evitar toda posibilidad de heridas o raspones ocasionados por rama o espina, ya que ésto le ocasionaría llagas que serían transmitidas a cualquier otra persona que pasare por esa vía. En realidad, el camino parece ser exclusivo de la señorita, lo mismo que una escalera, fabricada por su padre que le permitirá bajar del piso de la casa (las casas chocoes están construídas sobre troncos) y tomar tal camino.

Al terminar esta semana le es permitido salir del cuarto, pero debe permanecer en la casa, donde es pintada con "jagua" (genipa americana). Es en esta oportunidad cuando su madre le corta el cabello, como símbolo externo de su nueva condición. Pero la primera parte del ceremonial no termina allí. Debe entonces ir al río, donde con muchas precauciones debe darse un baño echándose agua con una "totuma" u otro recipiente, pero nunca debe hacer un baño de inmersión. De allí, irá al "monte", a la selva, donde abrazará un árbol grande y fuerte, pidiéndole le transmita su fortaleza. Así mismo, debe dirigirse al primer ave que vea pasar y solicitarle haga sus dientes "tan duros como su pico".

Después de este ceremonial de carácter íntimo y familiar tiene lugar una fiesta o "chupata" como le llaman ellos, en la cual la joven púber es vestida con lujosas galas, sentada en medio de la concurrencia y es entonces cuando por primera vez se le da a beber chicha de maíz fermentada, bebida de gran consumo en las fiestas chocoes. Un coro de mujeres la rodea y cantando y danzando en torno a ella, le hacen cariños y le dan consejos. Generalmente la joven no resiste hasta el final de la fiesta, ya que se adormece bajo los efectos de la chicha, y entonces las mujeres, después de bañarla en el río, se la entrega a la madre para que la vista y la acueste. Al cumplirse este ceremonial, la joven estará en condiciones de casarse.

Ceremonial Guaymí:

En el verano de 1958 obtuve algunos datos relacionados con este ceremonial en la región indígena de Alto Caballero, San Félix, Chiriquí. Estos datos fueron ampliados en Panamá, teniendo como informante a una india guaymí de 28 años, Petita Venado, quien en compañía de su esposo, indígena también, se encontraba temporalmente en la capital.

Cuando aparece la primera menstruación, la niña es aislada inmediatamente. Si ello ocurre durante la estación lluviosa, las mujeres de la casa le construyen una pequeña habitación dentro de la vivienda familiar, donde se le recluye. En caso de suceder durante el verano, la abuela y otras mujeres de edad avanzada, se la llevan al "monte", al bosque, donde la mantienen alejada de la curiosidad de los hombres y otras personas.

Durante los días de aislamiento, —que generalmente son cuatro— recibe continuos consejos de parte de las mujeres que la acompañan. Entre estas mujeres hay una que actúa como jefe del grupo y dirige el ceremonial. Ella instruye a la joven acerca del comportamiento que deberá adoptar en lo sucesivo, aconsejándole amabilidad para con sus padres y honestidad en sus actitudes. De no hacerlo se la castigará duramente.

En esta etapa también se le prescribe una dieta especial, basada en guineos, pero en poca cantidad, y un mínimo de agua, pues se considera que el agua es "fría" y puede afectarla biológicamente. Se le prohíbe comer carne, prohibición que se prolonga por un tiempo bastante largo que va más allá de los seis meses. Observan también una costumbre bastante difundida en las culturas indígenas americanas y es la de utilizar una pequeña varita para rascarse, ya que se considera inconveniente la utilización de las uñas con ese fin.

Durante esta reclusión la señorita es bañada continuamente por las mujeres. Es llevada al río, donde, en

el primer baño, se la desnuda ante las mujeres para "que tenga vergüenza". Al terminar la etapa del aislamiento le cortan el cabello, y es conducida a la casa por sus padres, donde todavía debe adoptar una actitud esquivada hacia sus familiares: no puede ayudar a servir, no debe hablar con los familiares ni reírse. Se dedicará a tejer bolsas y hablará únicamente con su madre. Esta conducta debe mantenerse hasta que tenga lugar la segunda etapa del ceremonial y que consiste en la "chicha" o fiesta que se hará en su honor.

Para que esta segunda etapa del ceremonial se inicie, la llevan al bosque donde ella debe buscar un tipo especial de "bejuco", que luego en casa ella misma deberá cocinar. Durante la fiesta, este cocimiento será ofrecido a los hombres. Mientras éstos participan de la "chicha", la señorita es conducida una vez más al río, por las mujeres encargadas del ceremonial, quienes la desnudan y la bañan. Estas últimas han preparado un líquido con el cual, al regresar la joven a la casa familiar donde se celebra la chicha, deberá salpicar a los hombres visitantes.

Con esto termina el ceremonial y a partir de entonces, la joven puede proseguir su vida familiar normal y servir a todos los miembros de la familia.

En ambas ceremonias, el chocó y el guaymí, puede observarse las mismas ideas generales en torno al fenómeno fisiológico de la menarquia. El sentido de "ceremonia de tránsito" del mismo se hace evidente en la preparación de la joven, mediante consejos y advertencias, para su nueva condición de mujer adulta, y en el hecho de que es a partir de entonces cuando puede casarse, y no antes.

El ceremonial, en las dos culturas, aparece dividido en dos tiempos que coinciden con el doble carácter y significado de tal acontecimiento. El del período crítico de la menstruación, se presenta con carácter de reclusión

o aislamiento, en el cual se hace evidente la condición de "tabú" de la iniciada. Su temporal situación peligrosa y mística se manifiesta en todos los requisitos de alimentación, cuidado personal que debe observar y en el hecho de no compartir ningún implemento de uso propio con otras personas, sobre todo varones, en lo cual se observa el matiz sexual del ceremonial. Los baños presentan un sentido de purificación que prepara a la púber para su vida de mujer.

En la segunda parte del ceremonial, ya superado el período crítico, purificada la iniciada, y perdido ya el carácter mágico y peligroso de la misma, se celebra con una fiesta comunal el significado social que el hecho fisiológico trae consigo: la incorporación activa de una mujer a la vida social y tribal.

La Explotación Arqueológica frente al problema de la historia en Panamá

Por : ORNEL ENRIQUE URRIOLA M.

Trascendencia de una misión heroica :

En cierta ocasión, un célebre historiador dijo que el problema de los pueblos, era el problema de su historia.

En Panamá, estas palabras adquieren plena vigencia, en los momentos actuales, cuando al calor de la necesidad de definir, de desentrañar la esencia de la panameñidad, en un afán de aprehender los rasgos sobresalientes de la nación, sobre los cuales se han de delinear los elementos culturales que han de robustecer nuestro naciente nacionalismo, los jóvenes historiadores, se encuentran con una historia anecdótica, carente por lo demás, de los esenciales que son inherentes a la verdad histórica. Conceptuamos la historia como algo más que la narración de hechos del pasado, donde las aisladas pasiones de los héroes, promueven, determinan y cancelan determinado período histórico de un pueblo. En Panamá, donde hasta hace poco predominó esta romántica concepción, un tipo de historia se abre camino con pujanza en el escenario de la investigación seria : la historia como un conjunto, donde se analizan, se interpretan las condiciones en que se desarrolló la vida de un pueblo, sus transformaciones socioeconómicas determinativas de su cultura, así como también aquellas transformaciones debidas a sus relaciones comerciales o a conquistas por otros pueblos.

Ante el problema de desentrañar la esencia de la nacionalidad surge, pues, el momento histórico como único medio posible para lograrlo. Cualquier intento al margen de la historia, no pasa de ser una ilusoria construcción en el aire. Porque, concebir la panameñidad, como una idea, anterior a la existencia del panameño, protegiéndola por decirlo así, de implicaciones materiales como son las de carácter social y económicas es, sencillamente, negarle autenticidad.

Sin embargo, en Panamá, se hace sumamente difícil la dilucidación del problema, ya que en el marco de la historia, por la escasez de documentación, las posibilidades se convierten en imposibilidades, y una vez que se trasponen los linderos de la historia, para internarnos en la prehistoria, la labor se torna heroica. Sin pretender soslayar los estudios serios de algunas instituciones especializadas en la investigación arqueológica y de muy contados compatriotas, la labor de búsqueda, recopilación y confronte de documentos editos o inéditos, que permitan al historiador, la interpretación de lo que fueron nuestras culturas precolombinas, es reducida, aunque no por eso huérfana de mérito.

Nadie podría negar el aporte de la cultura indígena a la integración de la cultura americana; la investigación nos indica que la cultura del pueblo aborigen de Panamá al fundirse con la cultura hispana, no era la misma cultura que la de los habitantes del Perú a la llegada de Pizarro. Constituían núcleos separados, entidades con problemas, si bien en algunos aspectos parecidos, no necesariamente idénticos, y, así, al momento de la fusión, cada uno llevó al crisol sus elementos peculiares conformadores de su propia nacionalidad.

Lo anterior nos induce a pensar que los problemas de América, no son exclusivamente derivados del factor hispánico. Así mismo, en nuestro caso y en una escala menor, la esencia de la nacionalidad panameña, no nace en

1501. Para nosotros su raigambre es más profunda, de allí que para su perfecta comprensión, es menester integrar una visión lo más completa posible, de aquellos pueblos que por carecer de escritura no han dejado documentos, que revelen al historiador su vida en la más amplia acepción del vocablo. Surge, pues, el momento de la antropología en general y, en particular, el de la Arqueología, que no son más que aspectos de la historia y, cuya única diferencia con ésta es, que en lugar de manejar documentos escritos, estructura documentos, basándose en los múltiples aspectos del haber cultural de los pueblos.

Dispersión y Destrucción de la Historia:

Aceptado el valor de las investigaciones arqueológicas para el conocimiento de la historia, y habiéndose realizado en Panamá, aunque en una escala relativamente pequeña, en comparación con el tiempo en que se le comenzó a prestar atención a la Arqueología (ver Dr. Wolfgang Haberland, en su artículo "Cien Años de Arqueología en Panamá", publicado en la Revista Lotería), actualmente, el material arqueológico abundante en tumbas y huacas, por demás, corre severos riesgos. Existe reglamentación estatal que protege el haber arqueológico, mas hoy día la Huaquería constituye, una de las "profesiones" más lucrativas, tanto para nacionales como para extraños, quienes desvinculados de todo criterio científico, sólo animados por la sed de riqueza, día tras día, se dedican a la criminal tarea de desvastar cementerios enteros, a la caza de piezas de oro; sin preocuparse del valor arqueológico de estos objetos, para el crecimiento de la cultura de este pueblo. Así, cada pieza, que destruída es un documento que escapa a la investigación, es un fragmento de historia que se pierde irremediamente, y ya el material de que fue hecho ni su decoración ni su forma ni otros elementos concurrentes, no dirán el secreto pensamiento y cultura del antepasado. La búsqueda de oro lo destruye todo; ciertamente que resulta más

grato y productivo excavar y encontrar piezas valiosas, que sólo tiestos sin "valor aparente". No obstante, para el criterio científico, puede tener mucho más valor histórico, el humilde cacharro, tiesto, u otro objeto cualquiera, puesto que son expresiones de la cultura, no de los grandes príncipes, sino de la gran masa; la que es en última instancia, el termómetro que nos revela el genuino carácter de ese pueblo.

En nuestros campos, no es difícil encontrar, gran cantidad de estos "insignificantes" objetos dispersos y deshechos por la destructora decepción de un sujeto excavador que soñó con figurillas y pectorales de oro, cotizados a muy buen precio en el extranjero o en el mercado de la "Archaeological Society of Panama" en la Zona del Canal de Panamá. Curioso sería conocer aquí por qué la "Archaeological Society of Panama" no cuenta entre sus miembros activos, ningún panameño, y quién ha autorizado a esta "Society" para llevar a cabo las excavaciones en todo Panamá de que dan cuenta sus publicaciones en inglés.

Al respecto se puede mencionar un caso sumamente interesante y que es revelador del grado de calor con que se practica la piratería y contrabando de material arqueológico en Panamá. En el Museo de Panamá, existe el libro de la Colección de Robert Wood Blizz, millonario de los Estados Unidos, que se dedica a la compra de piezas precolombinas. En el citado libro hay varias páginas con profusión de muestras de piezas procedentes de Panamá. ¿Cómo salieron...? Pero lo más significativo, es que entre las muestras, existe gran cantidad de objetos extraídos de Playa Venado, lugar que se encuentra en la Zona del Canal, e inasequible a cualquier panameño, por ser una Reserva Militar. Sobre el particular caben algunas interrogantes.

Si Playa Venado, es una reserva Militar, ¿quién extrajo esas piezas? Si como taxativamente dice la Cons-

titución Nacional que el Estado es propietario único de la riqueza del Subsuelo y sobre la riqueza arqueológica hace énfasis la Ley N° 47 de 24 de septiembre de 1946, ¿acaso pudo autorizar el Estado Panameño las excavaciones en Playa Venado? ¿Se cumplió con los requisitos que estipula la Ley? ¿Existe alguna cláusula en los tratados y convenios entre Panamá y los Estados Unidos que autorice a nuestros inquilinos a explotar la riqueza del subsuelo? Hasta donde sabemos, no existe esa cláusula. Y, cabe recalcar que, la ley, en lo que a riqueza arqueológica respecta, es terminante. El Capítulo IV de la Ley 47 de 24 de septiembre de 1946, mediante la cual se crea la Comisión Nacional de Arqueología y Monumentos Históricos como una dependencia del Ministerio de Educación, en sus Artículos 83, 94 y 85 dice lo siguiente:

“Artículo 83: Para que las instituciones científicas, los especialistas o personas que ofrezcan garantía suficiente de experiencia arqueológica puedan explotar los monumentos o reliquias arqueológicas y dedicarse a trabajos de investigación, necesitan obtener un permiso escrito del Organó Ejecutivo.

Artículo 84: Las personas o instituciones que obtengan estos permisos deberán comprometerse a entregar a las autoridades del caso para los museos públicos del país todas las especies extraídas, con excepción de los ejemplares duplicados, de los cuales, uno de cada ejemplar podrá quedar en poder de aquéllos.

Artículo 85: El comercio y la explotación de especies arqueológicas sólo serán permitidos con autorización especial del Organó Ejecutivo”. (1)

Como se desprende de los artículos citados, no por

(1) Angel RUBIO, Panamá: Monumentos Históricos y Arqueológicos. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, D. F., 1950.

ausencia de **reglamentación** por parte del Estado, existen la huaquería y contrabando de la riqueza arqueológica, sino, por negligencia o incapacidad de los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley. Uno no alcanza a comprender cómo esos mismos funcionarios participan a título honorario en actividades de grupos que actúan al margen de todo compromiso legal. Sólo así se explica la actitud desafiante de la "ARCHAEOLOGICAL SOCIETY OF PANAMA" fundada el 13 de Diciembre de 1949 con sede en la Zona del Canal y dirigida por estadounidenses que tiene como su "particular hobby" la huaquería en todo el territorio nacional, de lo que dan cuenta en "A SHORT HISTORY OF THE ARCHAEOLOGICAL SOCIETY OF PANAMA" donde B. J. Brown, relata :

"Before the organization of this Society, small groups or persons would head for the Panama interior or nearby jungle to explore, take photographs, **make archaeological excavations**, collect specimens, pan gold, or just take a trip — each individual concentrating on his particular **hobby** or interest. After many such trips one of the most avid of the specimen collectors proposed that perhaps it would be better to trips, exchange information, help other, and sponsor suggestion was not acted upon until some time later—nearly ten years ago, when some of the trip-takers, mostly interested in archaeology, began to see the advantages of such a plan. They first informal meetin was held in May 1949, to discuss the idea of Mr. H. H. Shacklett for forming an Archaeological club. (2)

Mr. K. W. Vinton had consulted with the Executive Secretary of the Panama Canal and reported that such an organization with official recognition was possible. So it was agreed to organize and B. J. Brown was selected to draft the constitution. On December 13, 1949, the founders met, formed the Society, adopted the constitu-

(2) El subrayado es nuestro.

tion and chose the formidable name of "Panama Society for the Advancement of Archeology and Natural Science". (3)

Nótese que según el relatorio anterior los "arqueólogos" de la "Society" parecen haberse improvisado en el territorio panameño tomando como "hobby" la exploración de las reliquias panameñas y que la autorización para dedicarse a este menester lateral la consultaron al Secretario Ejecutivo de la Compañía del Canal.

Más adelante en la página seis de la misma revista, Thelma B. Bull expone sobre "Excavations at Venado Beach" y da abierta cuenta de las riquezas encontradas. Cinco páginas iluminadas, presentan las fotografías de las reliquias halladas allí. En la página quince, Mrs. Karl Curtis da cuenta de "My First Archaeological Experience in Panama", y en sus "huaquerías" se extiende hasta la provincia de Chiriquí.

Estos hechos no deben ser nada nuevos para las autoridades responsables. Pero los textos de la ley y las reglamentaciones señalan una obligación y un deber trascendentales. El haber arqueológico de nuestro país, rico como el que más, no puede ser tratado mediante técnicas de "week end". La arqueología es una ciencia y no un menester para fines decorativos y mucho menos para propósitos comerciales en beneficio de grupos o personas.

Vale ahora para el caso que veníamos comentando sobre la dispersión y destrucción del haber arqueológico panameño, el siguiente planteamiento dirigido a la autoridad competente. ¿Tiene la "Sociedad arqueológica" norteamericana que funciona en la Zona del Canal autorización legal para la explotación del sub-suelo panameño dentro y fuera de la Zona del Canal? ¿O es que algún convenio o Tratado vigente compromete en esa

(3) Boletín No. 1 de la "Society".

forma la riqueza del sub-suelo panameño, no sólo en la Zona sino hasta las regiones de Chiriquí, donde ha llevado a cabo incursiones la "Society"?

De no existir ni una ni otra razón y conocida esta situación que comentamos, qué se proponen hacer las autoridades competentes para salvar del éxodo y la destrucción el saldo del haber arqueológico que queda en el sub-suelo nacional?

Sólo nos queda esperar la acción de aquellos a quienes compete la responsabilidad. Mientras tanto, en una forma que pareciera simplista, seguimos dando la razón al historiador cuando dice que el problema de los pueblos es el problema de su historia. Mas los pueblos encomiendan la dirección de sus instituciones a personeros que, en casos como el que comentamos, fuerza es que se coloquen a la altura de la historia, sobre todo cuando la misma historia, que es el pueblo, se destruye, se falsea y se comercia llegando al "crimen arqueológico" de que habla Ignacio Bernal.

La Oficina

Por MANUEL FERRER VALDES

La señorita Lucía Vernon, secretaria principal de la Union Pacific Corporation, era un alambre que transmitía la corriente alterna de palabras y números desde su jefe a la máquina de escribir. Los largos años de profesión y la dulce fealdad de su rostro, la habían rodeado de un aura de automatismo, que nadie osaba romper. La oficina de su jefe, Mr. Stagg, se encontraba en la parte superior del edificio, aislada por una corta escalera del piso donde los subalternos formaban colmena. La señorita Vernon apenas conocía de cara al resto de los empleados de la Compañía; su labor era tan de tropel y minucias, que sólo por dos veces en su vida habló con el Sr. Rodríguez, quien desempeñaba el puesto de Segundo Jefe, en la planta baja.

Lucía tenía gusto por su trabajo. En las primeras horas del día cazaba con destreza las palabras del Jefe sin dejarlas siquiera volar, luego engordaba los archivos con lo que fuera grano de provecho, dejando para lo último que los redondos dientecitos de la máquina de escribir royeran las mies.

Mr. Stagg sólo llevaba dos años de Gerente; era de origen sueco y el aire de Europa lo circundaba. Durante mucho tiempo fué el encargado de las sucursales del Mediano Oriente, de donde pasó a Ganna y luego a Panamá. Había en él algo indefinido y secreto que atraía, desde la cara cermeña hasta el pulcro vestido, en donde lo único exótico era la camisa de seda. Era hombre de

poco hablar, mas cuando lo hacía, causaba sorpresa el fervor de sus gestos. Así fué —para sorpresa de Lucía— que lo oyó en cierta ocasión elogiar a Panamá, dando grandes alabanzas a la variedad de pesca que ofrecían sus aguas y a la riqueza de sus bosques, llenos de sorpresas para el cazador; aunque nunca lo oyó hablar de mujeres, tenía para ella —sin saber la razón— que resultaban, también, de su agrado.

La vida de Lucía Vernon era menos monótona, cuando daba con trasañar el pasado de su jefe y lo hacía de noble cuna, con épocas de sufrimiento por el amor o la guerra.

Aquella mañana, sólo se oía en el quieto recinto el runrun del Jefe firmando documentos y el maquinaal tamborileo de la secretaria, transida por el trabajo. No llegaba hasta ellos, ni asomo del bullicio de abajo, ni rompía la quietud el timbre del teléfono, ya que Mr. Stagg sólo daba la clave a gente de importancia. Era ya la media mañana cuando se produjo la llamada telefónica que llevó a la angustia a la señorita Vernon. Mr. Stagg contestó con breves palabras y luego permaneció silencioso, oyendo a su interlocutor, por un período interminable de minutos. Lucía alzó los ojos con el clic final y vió a su jefe cerúleo, con la muerte en la cara. Lucía siguió escribiendo, como si tal, porque fuera de su carril, no sabía otra cosa que pedir ayuda, y su juicio le decía que no era esa la hora. La costumbre había modelado su espíritu hacia el orden, de manera que cualquier cosa que alterara la sucesión de los hechos, requería un largo umbral para su aclaración. En ello estaba, cuando entró el negro Thomas para limpiar la oficina. Era Thomas un hombre viejo, a quien se perdonaban sus ocasionales borracheras, en mérito a ser el empleado más antiguo. El negro hacía gala de sus derechos socarronamente, contando a los demás que Mr. Harnsby, quien fuera el primer Gerente de la Compañía antes de llegar a ser Director en

las oficinas de New York, le enviaba en ocasiones, un chequecito de regalo, en recuerdo a los felices días pasados en el trópico.

Thomas no faltaba a su trabajo, aunque estuviera borracho, dándole entonces por hablar solo y reirse sin motivo. Era a la vez el más modesto de los empleados y el más seguro de su puesto. Hacía diariamente la limpieza, en las horas de la madrugada, con un carro de aseo provisto de escobas, trapeadores, líquidos para brillo y toda clase de trapos. Era en su oficio un individualista que tiraba al canasto lo sucio e inútil y que retenía lo de valor, sin consultar con nadie. En dos ocasiones devolvió documentos trascendentales que habían ido a dar a la basura, no faltando, sin embargo, quien lo culpaba de la maniobra para darse prestigio.

El negro con la cara achispada y sonriente comenzó a trapear con decisión, en tanto que Lucía se quedaba mano sobre mano.

—¿Qué hace usted, Thomas? ¿No ve que estamos trabajando?

—Sí, Miss Lucy, ya lo vi.

Y siguió la limpieza sin hacer caso.

Lucía miró a Mr. Stagg en busca de ayuda, mas éste permaneció silencioso, con los brazos cruzados, observando fijamente la labor del negro. Su rostro no revelaba ya ninguna alteración, aunque había en su mirada una curiosidad apasionada por lo que acontecía alrededor y cada gesto de Thomás al barrer y frotar las persianas con un trapo, estuviera lleno de un profundo significado. Así permaneció, en silencio, hasta enmudecer a Lucía. El mismo Thomas —que, desde luego, estaba borracho— recogió sus trastos y se fué cortado y sin hablar.

Lucía tenía una secreta manera para resolver todos sus problemas, un íntimo procedimiento, al que se aferraba con fe ciega. Cuando la vida seguía su curso normal,

se sentía llena de una capacidad inagotable para el esfuerzo, mas todo fuera que se alteraran los acontecimientos y que lo de aquí estuviera allá, o que algo insólito se ofreciera a sus ojos, para que naciera la angustia' como un humo que le hacía mojar los ojos y acortar la respiración. La llamada telefónica a su Jefe y su largo silencio, la extraña irrupción del negro a la oficina en plena hora de trabajo y algo indefinido en el ambiente, le daban señales sin respuestas. El procedimiento íntimo de Lucía, en tales circunstancias (favor de guardar el secreto...!) consistía en sumirse profundamente, en su trabajo y dejar que las cosas se ordenaran solas. Así fué que, al poco rato de teclear y trasegar renglones sintió que nada había pasado y que todo volvía a lo de siempre.

De pronto, rompió el silencio la voz de Mr. Stagg.

—Señorita Vernon, haga usted el favor de salir de la oficina.

Lucía se levantó de manera automática, cruzó el salón sin volver los ojos y cerró la puerta tras ella. Lo hizo todo como una máquina puesta en marcha por un botón, sin darse clara cuenta del por qué de sus actos.

En el pasadizo sintió que la sangre le agolpaba la cara. Caminó de un lado al otro sin saber qué hacer; si preguntar a su jefe la causa de su salida, o permanecer afuera en la espera de una aclaración. Sentía en lo profundo que aquello no se arreglaría solo, como otras veces, y que era absurdo permanecer en el pasadizo, sin buscar solución.

Al fin de cuentas, bajó al piso inferior con la idea de pedir consejo al Segundo Jefe. Su indecisión se acrecentó al sentir la gran actividad de la oficina, en la que cada quien trabajaba a toda marcha, sin tiempo ni ganas para otra cosa.

El pupitre del señor Rodríguez se encontraba al fondo, rodeado por una pequeña valla de madera, que sólo daba a su recinto un valor simbólico de aislamiento, ya

que podía observarse al mensajero depositar legajos de manera incesante, con sólo estirar el brazo desde fuera. Lucía demoró lo que pudo su entrevista, con el temor de parecer una necia; después de todo no le quedaba alternativa, porque irse a su casa, ni lo concebía.

El señor Rodríguez era un hombre joven, aunque la calvicie incipiente y los anteojos parecían refrenar su extraordinario vigor. Entró a la Compañía siendo un mozalbete y fué escalando posiciones hasta llegar a Segundo Jefe, puesto al que parecía destinado para toda la vida, sin lograr llegar jamás a la cima; al menos tal era el rumor de los empleados, quienes vieron desfilar a tres Gerentes extranjeros, mientras Rodríguez seguía en su puesto.

Lucía lo vió tan abstraído en su trabajo, que no se atrevió a interrumpirlo. Rodríguez leía de manera vertiginosa los documentos que el mensajero depositaba a la izquierda de su pupitre y después de firmarlos los hacía pasar a un cajón metálico situado a su derecha. No bien terminaba con un legajo de ellos, cuando llegaban más, pareciendo aquéllo la labor de nunca acabar. A todo esto, sus dos teléfonos sonaban a cada instante, sin lograr con ello alejarlo de su labor, pues respondía a las llamadas sin dejar de leer los documentos. A veces sonaban los teléfonos a la par y Rodríguez respondía a uno de manera mecánica.

—Espere un segundo, que tengo otra llamada.

Procedía entonces a contestar el otro teléfono, con voz calmada, como si todo aquello formara parte de una rutina prevista y placentera.

Lucía permaneció de pie, fuera del recinto, porque sentía muy en sus adentros, que aquella precisa máquina de trabajo no daba para más y cualquiera nueva labor era capaz de romperle la correa. Entró de manera tímida, a sentarse en una silla, en espera de atención. Rodríguez continuó su labor, sin darse cuenta de su pre-

sencia, mas a los pocos minutos debió sentir que algo imprevisto se añadía a su tarea, porque miró a Lucía de manera fugaz y volvió luego a su trabajo con redoblada energía. Lucía tuvo el presentimiento de que Rodríguez usaba también su secreta manera para afrontar las situaciones anormales, lo que le produjo desaliento, porque consideraba aquéllo como una prenda íntima de mujer a la que no debían llegar los hombres.

El Segundo Jefe de la Union Pacific Corporation siguió despachando documentos durante un buen rato, en espera quién sabe de qué, hasta que no pudo más y preguntó sin alzar los ojos.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Vernon?

Su voz era igual a la que usaba al contestar los teléfonos, dando la idea de que había aprovechado su largo silencio para asimilar la nueva situación, a la rutina de su trabajo. Algo similar sucedió a Lucía, para su sorpresa, pues empezó a hablar con reposo, como si se tratara de un problema de todos los días.

Mr. Stagg me ordenó salir de la oficina y no sé qué hacer ahora.

El señor Rodríguez demoró algo más de lo acostumbrado entre firma y firma, y luego preguntó con calma.

—¿Eso es todo?

—No, no es todo —dijo Lucía, ya con la voz delgada. —Algo terrible le pasa a Mr. Stagg. Recibió una llamada telefónica que lo dejó pálido, como si se fuera a morir. Después me ordenó salir, sin ningún motivo.

El señor Rodríguez dejó la pluma sobre el escritorio y se enfrentó a Lucía.

—¿Qué quiere usted que yo haga?

—No sé, tal vez pudiera subir un momento, para ver lo que ocurre.

—No tengo motivos para interrumpir a Mr. Stagg. Además estamos a fin de mes y estos documentos deben despacharse hoy mismo.

Dirigió una mirada salvadora al mensajero que venía cargado de papeles.

Lucía se llevó el pequeño pañuelo a los ojos, en un esfuerzo por contener las lágrimas, pero no pudo con los sollozos.

—Yo creo que ha pasado una tragedia...

El señor Rodríguez la miró con espanto por unos segundos, hasta levantarse bruscamente y decir con súbita decisión.

—Venga usted conmigo. Vamos a ver a Mr. Stagg.

Lucía lo siguió por el corredor y pudo ver que su firme paso aminoraba al acercarse a la puerta. Al llegar se detuvo y miró hacia atrás, con la esperanza tal vez, de un cambio de opinión. Lucía permaneció silenciosa hasta que la puerta se abrió.

Sentado en la silla giratoria de Mr. Stagg, estaba un hombre viejo, con lentes caídos sobre la nariz. Vestía color de azufre y el nudo de la corbata le colgaba a medio hacer en el pecho. La gaveta en donde Mr. Stagg guardaba sus archivos personales se veía abierta y en el escritorio se agrupaban los folios recién extraídos.

Las manos del viejo, nudosas y enormes parecían garras; la piel seca y tostada por el sol daba la idea del gringo cocinado por el trópico.

El viejo alzó los ojos azules y penetrantes, por encima de los anteojos.

—¿Qué quieren ustedes?

Habló duro, con acento de capataz extranjero.

El señor Rodríguez quedó mudo de la sorpresa. Al fin logró articular:

—¿Mr. Stagg...? ¿Dónde está Mr. Stagg?

El viejo dejó los papeles sobre la mesa, para mirar al señor Rodríguez de arriba a abajo .

—Mr. Stagg debe estar en el infierno. Cierre la puerta al salir.

Las erres le sonaban como una carreta sobre un pedregal.

El señor Rodríguez dió la vuelta y salió sin replicar. Lucía lo esperaba anhelante en la puerta.

—¿Quién es ese hombre?

—No sé —contestó Rodríguez con voz temblorosa.— No tengo la menor idea.

Lucía lo siguió en su retorno a la oficina.

—Entonces, ¿por qué registra los documentos...?

—Mire, señorita Vernon. Puede irse a casa, el resto del día. Yo mismo me hago responsable de su ausencia. Estoy seguro que mañana cuando regrese al trabajo, todo se habrá aclarado.

Sin esperar respuesta se sepultó en su oficina.

Lucía se sintió otra al día siguiente. Después de tomar sus cereales con leche y de poner en marcha el viejo Opel, oyó de nuevo cómo rechinaba la hamaca de todos días y se dejó mecer como una niña. No quiso recordar nada del día anterior; sólo deseaba ver de nuevo a Mr. Stagg y trabajar como siempre, sin preguntar siquiera quién era aquel viejo diablo que ocupó su sitio.

Al llegar a la oficina sintió reafirmar su confianza, con la llegada de los empleados a la hora justa. Subió las escalerillas y atravesó el corredor embebida por el aire de siempre. Al abrir la puerta quedó muda.

El señor Rodríguez en mangas de camisa, ocupaba la silla del Jefe; en su rostro se adivinaban las largas horas de trabajo, pero también una alegría irrefrenable. Los documentos formaban columnas a su lado, como si no hubiera dejado papel sin revisar.

El señor Rodríguez miró a la señorita Vernon con la cara sonriente y dijo con voz de todos los días.

—Pase usted Lucía, tenemos un trabajo enorme por hacer...

— F I N —

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

DOS NACIMIENTOS EN LA DIVIDIDA FAMILIA DE LA "INTELLIGENTZIA" PANAMEÑA

Por: Henri Deleuze

El mundo de las revistas es un mundo incierto. Las dificultades económicas, el cansancio de los redactores, el desafecto eventual de los lectores lo erizan de amenazas. La aventura termina de tal manera la mayoría de las veces que, al enterarse de nuevos nacimientos, sonríe uno como si oyera algún testigo irónico repetir el verso conocido de Víctor Hugo: "Hélas, que j'en ai vu mourir de jeunes filles".

Y, sin embargo, cada revista que sale da testimonio a favor de un movimiento hacia ciertas alturas. Caridad o vibración impaciente de un grupo que ansía vivir con más intensidad, más luz, más poderío, más eficacia. Es preciso acoger con una curiosidad llena de simpatía y con una obstinada esperanza estos movimientos. Aguantarán la prueba del tiempo? ¿Cómo se presentan? ¿Qué nos ofrecen? ¿Conservarán su pureza? ¿Evolucionarán

hacia más diversidad, más actualidad agregando a su material actual una crítica de la actualidad, por ejemplo y una de los libros que distinga de la masa las obras de calidad y sea guía para los lectores? ¿Sabrán defenderse frente a los asaltos, de formas tan variadas, de los que no experimentan mucha amistad para una "intelligentzia" que navega siempre paralelamente a sus propios navíos y, a veces, trata de embestirlos? Un sin fin de preguntas se formulan y aún si no hay otro interés en el asunto que el del espectáculo, es, para el viejo intelectual (que nos dispensen la palabra), un teatro lleno de apasionantes peripecias y, de promesas sencillas u orgullosas de las cuales no se sabe nunca de manera cierta a dónde irán a parar.

"Episteme" y "Tareas", tales son los nombres, cortos, posiblemente algo oscuros para ciertos lectores, y aureolados

de una especie de luz absoluta, de las revistas recién nacidas.

Buscamos, dice "Episteme", "no un acuerdo de soluciones, valioso sólo para correligionarios de partidos políticos, sino un acuerdo de Problemas... Se trata de compartir preguntas, problemas. El problema y no la solución es el supuesto de la ciencia. Aspiramos a ser no el hombre que tiene una respuesta para todo, sino el hombre con una pregunta para todo. Y con hombres así deseamos tratar".

Muy extraño resultaría en una época tan dividida y fragmentada como la nuestra que "Tareas" afirme puntos de arranque de misma índole. Tan opuestas en sus intenciones y propósitos se encuentra de "Episteme" como de Abel su hermano Caín. Ahí va la prueba: "Estimamos sintomático el escapismo que de parte de tantos sugiere le tema reiterado del "asombro" frente a los problemas y la actitud extática que supone la exaltación de la "pregunta" por la "pregunta" misma. Pareciera que tal evasión del compromiso, tal reserva frente a la "solución", hubiera de conducirnos a un nirvana ideológico donde toda tensión es proscrita y toda contradicción escamoteada".

La oposición, algo virulenta, de los principios, se refleja en parte en los temarios. "Tareas",

sin embargo, acoge estudios de ciencia pura o abre sus puertas a disertaciones de carácter muy universitario sobre "Ética y Filosofía". Creemos que antes de encontrar su cara definitiva las dos hermanas enemigas (en los principios) experimentarán cambios notables en sus rasgos a la manera de los recién nacidos cuyo parecido con los diversos miembros de la familia, aún si revela un fondo común, gira con una rapidez asombrosa, sobre todo en los primeros meses de existencia.

Si nos fuera permitido expresar algún voto, el primero se referiría al formato, siendo el de "Episteme", a juicio nuestro, algo dilatado, y el de "Tareas" al revés, un poco encogido. Luego... Pero en qué honduras nos va a colocar nuestro interés? Hay que respetar a los que manifiestan fuerzas nuevas, hasta si lo hacen con el tono tradicional de los hombres jóvenes que van repletos de interrogaciones o que se sienten sacudidos por dramas violentos. Que no se olviden, sin embargo, que el mar más cargado de misterio o de peligros deja que se reflejen en sus aguas el fuego imperial del sol o la leche azulada de la luna, en medio de la fantasía de las espumas y de cierto juego gratuito de las olas rompiendo contra los arrecifes.

Evidentemente, como decimos en francés: "Les conseillers ne sont pas les payeurs". Pero puede salir el consejo de un corazón sin sombras que observó siempre con interés y simpatía los primeros pasos (y

los demás) de los campeones jóvenes de la "inteligentzia".

Es el caso.

(Tomado del Boletín de la Embajada de Francia en Panamá.)

FUNDAMENTOS ECONOMICOS Y SOCIALES DE LA INDEPENDENCIA DE 1821.

Alfredo A. Castillero Calvo Revista TAREAS, No. 1.
Octubre de 1960.

Por: H. E. R.

No resulta exagerado afirmar que es en las últimas décadas (de 1935 en adelante), cuando los historiadores panameños tratan la vida nacional del pasado y del presente con verdadero sentido histórico. Se apartan de lo simplemente anecdótico, de lo meramente narrativo, para explicar nuestra historia bajo la luz de concepciones más o menos estructuradas. Aunque esta corriente no ha producido todavía estudios de gran envergadura, se plasma en ensayos de aliento que le otorgan carta de legítima ciudadanía. Y es en los trabajos de Carlos Manuel Gasteazoro (El 3 de Noviembre y Nosotros, e Interpretación Sincera del 28 de Noviembre), y de Hernán Porras (Papel Histórico de los Grupos Humanos en Panamá), en don-

de habíamos encontrado hasta el presente, sus más claras manifestaciones. Pero acaba de publicarse, en la Revista TAREAS, del mes de Octubre de 1960, un análisis de Alfredo A. Castillero Calvo, intitulado FUNDAMENTOS ECONOMICOS Y SOCIALES DE LA INDEPENDENCIA DE 1821, que introduce en la investigación histórica del pasado panameño una concepción bien distinta a las que inmediatamente antes se habían esbozado.

Lo mismo que en Gasteazoro y Porras, la vida panameña tiene para Alfredo A. Castillero Calvo un sentido profundo y colectivo, susceptible de explicaciones generales. Por primera vez, en la Ciencia Histórica Panameña, el pasado nacional se explica en función

de toda su hondura política, social y económica, como producto de las situaciones materiales en que parcelariamente estaban divididos los hombres a quienes tocó vivir en determinado ámbito histórico. Hé aquí el mérito fundamental de la contribución de Castellero Calvo.

En efecto, la historia panameña del siglo XVII es alumbrada por el auge comercial de la faja que presta eficaz servicio al tránsito colonial; y la historia del siglo XVIII, en sus comienzos, cuando se sustituye la ruta de Panamá por la del Cabo de Hornos explica el estancamiento económico y la ruralización, a consecuencia del fin que encuentra el auge comercial. Con elocuentes hallazgos e importantes pesquisas históricas, Castellero Calvo revive los siglos XVII y XVIII panameños, en un panorama realista, como antecedente de lo que va a acontecer durante el siglo XIX, y especialmente en 1821.

Oigámosle a él mismo, en un párrafo que contiene la clave fundamental de la concepción histórica que le ha permitido hacer tanta y tan grande luz en nuestra historia. "Probablemente, las ideas de la revolución francesa y de la Constitución norteamericana — dice Castellero Calvo— a causa de que existía, aunque embrionariamente, una burguesía

comercial, encontraron en el Istmo un clima favorable a su difusión. Pero evidentemente, la independencia no era para la nueva clase en formación, una simple aventura del pensamiento, o una empresa romántica. NI EL HECHO INTELECTUAL NI EL SENTIMENTAL ERAN ANTERIORES O SUPERIORES AL HECHO ECONOMICO. Por ello, mientras las autoridades peninsulares siguieron velando por la seguridad y protección de sus intereses, permitiéndoles negociar sin trabas con todas las naciones, cualquier tentativa revolucionaria invocando aquellos principios, carecía totalmente de sentido. No debe extrañarnos entonces que hasta tanto al Istmo no le fuesen arrebatados aquellos beneficios se declarase el más humilde y fiel vasallo de la Corona" (página 34).

Con este enfoque materialista, la historia panameña es planteada a la luz de una dimensión profunda, que permite explicarla certeramente como la acción de grupos o clases sociales (no importa demasiado la terminología precisa si el adjetivo es siempre "social") que se movilizan a través del tiempo, impelidas por las solicitaciones primarias de sus intereses económicos colectivos, subyacentes en los cimientos de la sociedad y sobre los cuales esas mismas clases construyen el andamia-

je complicado de la existencia social. Por ello, Castellero Calvo destaca el hecho de la estratificación de un grupo aristocrático terrateniente, feudal, cuando el tránsito mercantil se eclipsa durante el primer tercio del siglo XVIII; y al producirse el resurgimiento de la actividad comercial de la Zona de Tránsito Panameña, en las primeras décadas del siglo XIX, esta incipiente burguesía mercantil se solidifica y termina por advertir la necesidad de empuñar directamente el poder político. Las situaciones económicas esbozadas impidieron que la independencia se cumpliera por iniciativa de la clase latifundista, y determinaron el papel que en ella jugó la clase mercantil. "A la aristocracia feudal, como dice Castellero Calvo, le faltó vigor colectivo, consistencia ideológica; y sobre todo, una clara noción de su significación social como grupo. De ahí, precisamente, que en aquel trance, se hubiese encontrado totalmente incapaz de contrarrestar los efectos de la burguesía comercial; y que, igualmente, en los sucesivos treinta años, quedase literalmente arrinconada, constreñida al área provincial veraguense, y allí se hubiese opacado, sin re-

sistencia, mediocrementemente" (página 29-).

No hay originalidad alguna, desde luego, en la explicación materialista de la Independencia Latinoamericana, porque en muchos países se ha utilizado el materialismo histórico para desentrañar el contenido de nuestra Independencia de España. Y menos originalidad hay en precisar la importancia del factor económico en la producción de los hechos sociales, por cuanto que el marxismo, no obstante la animadversión de la ciencia oficial, ha obligado a una general aceptación de esa importancia, aún dentro de las concepciones de los ideólogos burgueses. Pero hay que convenir en que ningún historiador panameño, hasta Castellero Calvo, había adoptado la tesis materialista como método de investigación histórica. Y este mérito señalado, como lo hemos dicho, no se le puede regatear, porque no existe estudio sobre la historia panameña en que ésta hubiera sido plenamente redescubierta como la resultante de la problemática económica de determinados grupos sociales, fondo sobre el cual el documentado investigador que hay en Castellero Calvo ha revivido auténticamente la verdad de nuestro pasado de 1821.

MARTINEZ ORTEGA: POEMAS AL SENTIDO COMUN
(Ediciones del Ministerio de Educación, Depto. de Bellas Artes
y Publicaciones, Panamá, 1959).

Por: CESAR YOUNG NUÑEZ

Este libro de Martínez Ortega, publicado en 1959, marca su verdadera salida al escenario de las letras nacionales. El origen de esta obra hay que alcanzarlo en la estancia vital del poeta durante su permanencia en Chile.

Tal vez allá, con el alma a flor de mástil, pluma en mano, bajó a los infiernos de la imaginación, exploró los mundos esenciales de la riqueza poética, recreó sus fantasmas y ensanchó su formación lírica para entregarnos este volumen de poemas testigo de sus primeras visiones y de sus conmociones íntimas y hondas. Sin embargo, es un libro mutilado por el afán de manejar instrumentos que el autor ha creído poder utilizar para obtener efectos desusados. Es evidente que la primera parte del Libro que designa con el título de "Paisajes del Hombre que Camina", desvincula la poesía de la palabra y el poema se queda mudo, sin lengua,

no habla, no hace gestos y cae sin vida. El empeño del poeta por recrear poéticamente las cuatro estaciones del año queda paralizado por un lenguaje decorativo y seco. Su audacia expresiva muere ante el silencio de la poesía. Hay sin embargo, un juego interesante de las palabras y las imágenes.

Tal vez simpatice con sus fines estéticos pero por mucho que me esfuerce esta primera parte del libro me deja indiferente.

Decía Louis McNiece, poeta educado en Oxford, en un ensayo recogido en la revista "Sur", que "Hablar de poetas es una ocupación temeraria, sobre todo cuando los poetas están aun vivos y pueden responderle a uno, o bien, lo que es más común, responder a espaldas de uno y de través. Por otro lado, ningún poeta deberá ser pacato tratándose de poesía". En este sentido mi labor de crítico sería una ocu-

pación desagradable pero, vale la pena añadirlo, hecha con sinceridad y enderezada incondicionalmente con fines literarios, es aceptable.

En la segunda parte del libro "Los Poemas al Sentido Común" hay ya un acercamiento entre su imagen del mundo y el sentimiento de la verdadera poesía.

Con lucidez y agilidad Martínez Ortega pone ante nuestros ojos desconcertados el mundo peligroso de nuestros días. Junto a una poesía que es como una bocanada de relámpagos nos descubre un universo cuya clave es su ironía desnuda y fina como el poema "El Espectáculo Atómico" que cito seguidamente:

"Ya se acerca el espectáculo!
¿Entradas?

no señor, no señora,
todos participamos!

Nuestro papel será desaparecer como en una función de magia; habrá explosión, habrá humo, y desapareceremos

A la luz de este texto es fácil darse cuenta que en su canto asoma un orden de cosas con sus aspectos increíbles que nutren la situación histórica que experimentamos, y en suma, un intento por hacer una poesía valedera a los ojos de nuestro tiempo. Martínez Ortega nos revela sus anotaciones

imaginarias y nos arroja en su sentido más profundo a las cavilaciones sobre el porvenir del mundo. No es una poesía que nos releva de nuestras íntimas desazones sino que nos oprime, pero a la vez, nos aliena, nos entristece pero nos arrastra a la esperanza de superar la catástrofe en un siglo difícil y terrible. Poesía que es a la vez exploración y aviso y nos deja ver el resultado de sus observaciones del mundo.

En otro de los poemas de esta parte del libro el poeta llega al sur de los Estados Unidos donde la discriminación de la raza negra ha sido y es una llaga apesosa del orden capitalista que aventó ríos de sangre sobre la tierra. Con sobriedad escalofriante el poeta abre una bella y trágica página con el poema "Coincidencia" que copio a continuación:

Un negro se mese
colgado como un espantapájaro
otro yace
como un cuadro en rojo y

(negro:
la antorcha y la mano blanca
parecen la estatua de la
(libertad.

Aquí hay verso de poesía auténtica, de poesía contemporánea, que asume la representación del trágico esplendor del mundo actual, empapada de su violencia y locura y cuya

mirada cae como rayos reveladores sobre sus llagas y estertores. En el fondo resuena como un fonógrafo melancólico derramando "espirituals" sobre la noche en fuga. El poema nos pone en contacto con un mundo inesperado pero real y su virtud es la magia del lenguaje que abre a los sentidos la fuerza de su mensaje.

"El Canal de Panamá tiene peces asombrados" es otro de los poemas interesantes de esta parte del libro. Este poema viene en línea directa desde Huidobro pasando por Jorge Carrera Andrade y es interesante en cuanto se dirige

a lo social. "Asistimos al florecimiento de la poesía social decía Salvatore Quasimodo en un Discurso sobre la Poesía, es decir, continuaba, de una poesía social que se dirige a los distintos componentes de la sociedad humana. No es una poesía sociológica, pues ningún poeta sueña con hacer sociología al apelar a las fuerzas del alma y la inteligencia".

El resto de la obra deja mucho que desear. Su pericia y su esfuerzo anuncian futuras revelaciones. La singularidad de su enfoque poético así lo justifica.

Patrocinadores de "TAREAS"

ACOSTA, David
AHUMADA, Adolfo
ALEMAN E., Gustavo
AMORES, Elías
ADAMES P., José Abdiel
ALBA, Ricardo M.
ARAUZ, Reina Torres de
ALVAREZ, Manuel G.
ANGUIZOLA, Carlos R.
ARELLANO LENOX, Carlos
ARJONA, Leonidas
AROSEMENA ARIAS, Carlos
AROSEMENA G., Rubén
AROSEMENA G., Diógenes
BARBA, Julio F.
BARSALLO, G. Raúl Enrique
BERMUDEZ, Ricardo
BERNAL G., Targidio A.
BEST, Arquímedes Agustín
BRENES, René
BORDELON G., José
BSCHIEDER, Adriana de
CABALLERO, Juan Manuel
CAJAR M., Alcibiades
CALVIT, Mario
CALVO, Alberto
CAMARGO, Elia
CANTO, Manuel de J.
CARDOZE, Nidia María
CASTILLERO, Alfredo O.
CASTILLERO, Enoch Elías
CASTILLERO R., Ernesto J.
CEDEÑO B., Alvaro
Comisión Nacional de
Cooperación con la UNESCO.
CORREA A., Almedo
DE DIEGO, Carlos Arturo
DE LA BARRERA, Reinaldo
DEL CID, Carlos
DE LEON, Belisario Enrique
DE LEON, Jaime
DE OBALDIA JR., Domingo
DIAZ GLAITRY, Tobías
DIAZ, Javier
DIAZ WONG, Armando
DIAZ WNG, Armando
DUCAZA, Teresa
DUTARY, Alberto
ENDARA, Enrique Ernesto
ESCOBAR B., Rómulo
ESCOBAR, Heraclio A.
FABREGA, Demetrio
FABREGA, Ramón E.
FERGUSON, Osman Leonel
FERNANDEZ, Guillermina
FERRER, Alfonso V.
FONT, Doris
FRANCESCHI, Berta Z. de
FRANCESCHI, Víctor Manuel
FRAGUELA, Amador José
FRANCO, José
GARCIA DE PAREDES, M.
GARCIA, Carmelo
GARCIA, Jorge Antonio
GARCIA VEGA, Enrique E.
GONZALEZ, José I.
GARIBALDI C., Vicente
GUDIÑO BAZAN, Laurentino
HERES, Alberto
HERRERA, Carmen D. de
JACOBSON, Rodolfo
JAEN, Enrique Antonio
JAEN, Ana María
JAEN RIVERA, Alexis R.

KELLY, Isabel María
LOMBARDO, Bernardo
LUNA, Sixto
LUZCANDO, José del C.
LUZCANDO, Roberto
MALGRAT, Carlos M.
MARTINEZ, José de Jesús
MEDICA, Linda
MEDINA C., Rafael
MEJIA DUTARY, Miguel
MENENDEZ, Sonia
MIRANDA, Luis O.
MIRO, Rodrigo
MOLINA, Rodrigo A.
MORENO, Jorge Antonio
MONCADA LUNA, José Ant.
MONTENEGRO, Librado N.
MOSCOTE, Rafael
MOSQUERA G., Benjamín
NAVAS, Manuel J.
NORIEGA, José Angel
NUÑEZ, Carmen E.
NUÑEZ, Osvaldo Antonio
PANIZA, Aracely E.
PATIÑO, Galileo
PEREZ, Camilo O.
PEREZ, Felipe O.
PEREZ JR., Ramón
PEREZ, Vilma Yolanda
PINEDA A., Héctor Leonel
POVEDA, Miguel
PORCELL, Gustavo A.
QUINTERO, César A.

QUINTERO, Delina
QUIROS GUARDIA, José M.
RUIZ VERNACCI, Enrique
ROBINSON, Teodoro Duff
RODRIGUEZ, Luisa V. de
RODRIGUEZ, Ricardo A.
RODRIGUEZ NIETO, Alcides
ROJAS SUCRE, Alfonso
ROJAS, Ricardo
RUBIO, Angel
SALAZAR Y GOMEZ, Gastón
SANCHEZ, Guillermo L.
SEPULVEDA, Mélida Ruth
SISNETT, Manuel Actavio
SUCRE L., Carlos
TACK RODRIGUEZ, Juan A.
TEJEIRA, Iván
TEJEIRA, Otilia de
THIBAUT, Juan Antonio
TORAL, Demetrio C.
THOMAS, Luz G.
TORRES, Araceli
TORRES GUDIÑO, Secundino
TORRIJOS, Nelva A.
TOVAR VILLALAZ, Augusto C.
TURNER, David
VASQUEZ S., Publio A.
VALDELAMAR, Emilia
VEGA FUENTES, Jorge I.
VILLANI P., Alberto
WILFSCHOON, Arturo
WONG, Carlos
ZUNIGA G., Delio

Cajas Registradoras "NATIONAL" de Panamá, S. A.

Cajas Registradoras - Máquinas de
Contabilidad - Máquinas de Sumar

Ave. 11, 28-05 — Apartado 1071 — Tel. 5-0946

P A N A M A

Librería Cultural Panameña

LIBREROS, EDITORES Y DISTRIBUIDORES

Ave. 7a. Central, No. T1-49 — Apartado 2018

ESTAMOS A LAS GRATAS ORDENES DE NUESTROS
COLEGAS DE AMERICA Y EUROPA, Y LES
AGRADECEMOS LA REMISION REGULAR DE
CATALOGOS DE LIBROS EN GENERAL Y
OFERTAS DE OBRAS ANTIGUAS, MODERNAS,
RARAS, AGOTADAS, REVISTAS, COLECCIONES, ETC.

Transportes Troetch

PANAMA — COLON

PANAMA — DAVID

Mueblería Tuñón

Sucursal:
Avenida Central 25A-41 — Tel. 2-1415

★
Sucursal:
Avenida B, No. 49 — Tel. 2-4935

★
PRINCIPAL:
Ave. 7a. Central No. 29-124 — Tel. 5-1148

★
TALLERES:
Calle 16, San Francisco — Tel. 3-4662

P A N A M A

MUEBLE GANADO,

MUEBLE ENTREGADO

COMPRE + POR — DINERO

TAPICE SUS MUEBLES Y AUTOMOVILES CON
MATERIALES SINTETICOS DE CALIDAD, PARA
TODA CLASE DE TAPIZADOS EN

Productos Alemanes, S. A.

Avenida "B" 19-16 — Teléfono 2-3134

Impreso en los Talleres
de la
IMPRESA PANAMA

CEMENTO PANAMA

Orgullo de la Industria Nacional

Cemento Panamá, S. A.

Teléfono 3-7106 - Apartado 1755

PANAMA

